

RAZA PERDIDA

PETER KAPRA

RAZA PERDIDA

ESPACIO EL MUNDO FUTURO 537

PETER KAPRA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona **Buenos Aires**

PORTADA: R. CORTIELLA

Primera edición: agosto 1972

© PETER KAPRA, 1972

Depósito Legal: B. 31014-1972

Printed In Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Junk Colman amaba y admiraba a su padre, creyéndole el hombre más sabio y justo de la creación, o, al menos, el más sabio e inteligente de cuantos componían la tripulación de la astronave fotónica «Sustra-Kamac», que salió del espaciódromo de Baalbeck hacía más de seiscientos años.

En aquella fecha, Junk Colman y sus quince hermanos aún no habían nacido. Fueron fruto del amor de sus padres, Luis Colman y Ariana Oderstein, comandante y cronista de la nave respectivamente. Y si Junk quería y veneraba a su padre, lo que sentía por Ariana era verdadera adoración.

Junk, el más pequeño de los dieciséis hijos de Luis Colman, había cumplido recientemente doscientos cincuenta años terrestres, lo que representaba algo vagamente comprensible para él, porque su madre solía decirle que esto era como tener veinticinco años en el mundo del que procedían.

»— ¿Qué importancia tiene el tiempo, mamá? — había preguntado Junk, en alguna ocasión.

»— Para nosotros es relativo, Junk. En el transcurso normal de una vida humana, jamás habríamos podido llegar a la constelación de Andrómeda. Pero tu abuela, doña Luisa María Cambra, y el sabio profesor americano, Clint O. Miller, descubrieron lo que ellos llamaban la «Fórmula 10», gracias a la cual podemos vivir diez veces más de lo normal, o sea, un promedio de mil años, cuando nuestros semejantes sólo viven ciento.

«¿Contesta eso a tu pregunta, Junk?

El joven había escuchado aquello en la escuela de la astronave, de labios de sus distintos mentores. Las primeras letras las aprendió en un parvulario, junto con otros niños y niñas. Una mujer, Isabel Boada, les enseñaba con suma paciencia.

Luego Junk aprendió en los laboratorios de abordo. Muchas veces era su padre quien le explicaba las cosas, sentándole sobre sus sólidas rodillas.

»— Procedemos de la Tierra, hijo mío. Allí nací yo, tu madre y todos nosotros.

»— ¿También tío Ian, papá?

»— Sí, también tío Ian.

»— ¿Y Valenki?

»—No, Valenki nació aquí, en la «Sustra-Kamac». Cuando tío Ian

embarcó en esta nave, no tenía hijos. Tú y Valenki tenéis la misma edad, aproximadamente.

»— Háblame de la Tierra, papá.

La curiosidad de Junk era insaciable. Lo quería saber todo y no dejaba nada por preguntar.

»— ¿Adónde vamos, papá?

»— Buscamos las huellas de una raza que, procedente de la galaxia M 31, se cree que llegó a nuestro mundo hace muchísimo tiempo, y de la cual, según teorías de un sabio llamado Lucius Swindle, descendemos todos nosotros.

»—¿Y cómo lo sabe ese señor Swindle? —insistió el pequeño Junk.

»— Por hallazgos arqueológicos muy antiguos, cuya interpretación parece algo dudosa a los demás sabios. Por esto, cuando se descubrió la «Fórmula 10», fuimos elegidos nosotros para emprender este largo viaje.

»Si logramos encontrar las huellas de aquellos antiguos astronautas, la ciencia podrá estudiar los vínculos que, en otro tiempo, pudimos haber tenido.

»—¿Es que importa mucho eso, papá?

»— Por supuesto, Junk. Es muy importante. Tanto que, cuando yo muera, tus hermanos y tú debéis continuar la tarea que nos fue asignada por el consejo Científico Mundial, hasta explorar todos los mundos de la galaxia M 31.

Haciendo preguntas en todas partes y ganándose la admiración de los mayores, Junk Colman fue creciendo hasta convertirse en un hombre alto, apueste, bien constituido físicamente y de unas facciones que cautivaban nada más verlas.

Junk era muy querido y apreciado por los miembros de la tripulación, tanto técnicos como investigadores. Había recorrido todas las dependencias, penetrando, desde niño, en los más insólitos rincones. Unas veces le regañaban, sin severidad, y otras le acogían con simpatía.

Siendo niño, Junk se perdió una vez por los pasillos de la «Sustra-Kamac». No quería preguntar a nadie el camino para llegar al despacho de su padre. Y, en aquella ocasión, el jovencito tuvo un encuentro que no olvidaría fácilmente y que le causó una honda impresión.

Sin saber cómo, se encontró, de pronto, en una especie de jardín botánico, donde crecían plantas de todas clases. Era un lugar amplio, con muchas estanterías, llenas de bandejas. La luz que reinaba allí era muy rara, verdosa y cálida.

Las plantas tenían distintas formas, muy caprichosas, provistas de flores y capullos. Junk recordaba vagamente haber estado allí, tiempo atrás, acompañado por la maestra del parvulario, Isabel Boada. Pero ya no habían vuelto más. Y, en verdad, todo parecía muy distinto a corno él lo vio aquella primera vez.

De pronto, una voz de mujer preguntó a su espalda:

»— ¿Qué haces aquí, pequeño?

Junk se volvió, sorprendido, hallándose ante una hermosa mujer, a la que no conocía, pero cuyos ojos le miraban de modo duro. Aquella mirada asustó a Junk, quien retrocedió, balbuceando:

»—Creo que me he perdido, señora. Buscaba a mi papá.

»— ¿Quién es tu padre?

»—Papá es el jefe de esta nave, señora. Nadie manda tanto como él. Y es el más sabio.

Junk vio perfectamente cambiar la expresión de la mujer. La dureza de sus ojos verdes desapareció en el acto, siendo sustituida por una mirada dulce y cariñosa.

»— ¿Cómo te llamas, pequeño?

»—Junk Colman, señora.

»—¿Me dejas darte un beso, Junk? —preguntó ella, avanzando hacia el chico, mostrando en sus labios una cordial sonrisa.

El pequeño estaba acostumbrado a las demostraciones de afecto de los mayores. Y, aunque le impresionó bastante aquella escultural mujer, que vestía el mono blanco de los tripulantes, se quedó quieto cuando ella puso sus trémulos labios en su mejilla.

»—Quiero hacerte un regalo, Junk. ¿Qué es lo que más te gusta de cuanto hay aquí?

Junk no sabía por qué decidirse. Al final, tímidamente, señaló una flor roja, exótica, cubierta de finas gotas de agua.

»— Ésta — dijo.

La mujer cortó la flor con unas tijeras que sacó del bolsillo y se la dio a Junk, diciéndole:

»—Llévasela a tu madre, Junk. Se pondrá muy contenta. A mí me hubiera gustado mucho tener un hijo como tú y que me ofreciera una flor.

»—Gracias. Eres muy buena. ¿Cómo te llamas? — preguntó Junk, ahora con la mayor confianza y naturalidad.

»—Mi nombre es Eugene… Y si la vida fuera de otra manera, tú podrías haber sido hijo mío.

Junk llevó la flor a su madre. Pero, al entregársela, notó en ella una extraña turbación. Ariana no preguntó de dónde la había sacado ni quién se la dio. Besó y abrazó a su hijo y luego musitó:

»— ¡Que Dios te bendiga, Junk!

* * *

Junk Colman tenía doscientos cincuenta años cuando se descubrió «Kormol», el primer planeta con huellas de estar habitado, y cuyo hallazgo tanta impresión causó en los miembros de la tripulación.

Él también acudió a la cámara de navegación astronómica, donde parecía reinar la locura y el desconcierto. Se abrió paso entre amigos y hermanos y fue a situarse junto a su padre.

En la pantalla de recepción positrónica exterior, un mundo iluminado por cinco lunas se ofrecía como un sueño maravilloso en un cielo tachonado de estrellas.

¡Aquélla fue la primera vez que Junk Colman vio «Kormol», el mundo desierto!

Yan-Kuang fue aproximando la imagen. Pudo apreciarse el contorno de las ciudades metálicas, donde el titanio era casi el único elemento de construcción.

Admiró las pistas que unían las urbes, la arquitectura fantástica de los edificios, sus avenidas en «punta de flecha», los puentes aéreos y metálicos, que parecían serpentear en torno a enormes construcciones, y pudo ver la Torre Sideral en el centro de la plaza de la estrella de Salomón, como la bautizó el coronel Yan-Kuang.

Después de aquello, Luis Colman, jefe de la «Sustra-Kamac», decidió enviar una nave de exploración, tripulada por seis hombres, uno de los cuales debía ser su propio hijo Junk.

Aquel mismo día, el grupo elegido —cuatro hombres y dos mujeres — se reunió con el comandante de la nave sideral, en el despacho de éste.

Junk supo entonces quiénes iban a ir con él en la primera exploración. Los conocía a todos perfectamente. Había tres «terrestres» y tres «stelaris», como se llamaba a los nacidos en la Tierra o en la cosmonave fotónica, durante el largo viaje.

Los terrestres eran Peer Cushing, el ingeniero jefe y tercer comandante de la «Sustra-Kamac», un hombre reposado y grave, de gran experiencia, y con conocimientos suficientes para saber qué decisión tomar en Cada momento.

Otro «terrestre» era Ian Jansky, el cual se comportaba siempre con un ímpetu juvenil arrollador y que parecía ávido de correr aventuras.

Iba también una mujer, nacida en la Tierra, que pertenecía al laboratorio geológico, llamada Sonia Onelli, encargada de las

verificaciones técnicas.

Los tres «stelaris» eran Valenki, hijo de lan Jansky, una muchacha de doscientos años de edad, rubia y vivaracha, llamada Edith Roff, y el propio Junk.

— Peer, tú conoces muy bien las naves de exploración «R-5». Quiero un reconocimiento de veinticuatro horas en la población señalada en estos gráficos como la número uno — empezó diciendo Luis Colman —. Ese planeta carece de atmósfera, y, por tanto, os permitirá vivir tanto tiempo como oxígeno lleváis en los depósitos.

»No deseo riesgos innecesarios. Estaréis conectados por onda corta. Ian y Valenki permanecerán en la «R-5», sin salir de ella, mientras que los demás, sin separarse ni un instante, haréis el reconocimiento.

— ¿No sería conveniente separarse en dos grupos? — preguntó Junk, mirando fijamente a su padre.

— No. Ignoramos lo que vais a encontrar allí. No hemos captado indicios de vida, pero eso no quiere decir que esté desierto. Han podido captar nuestra presencia y, hasta averiguar quiénes somos, haber decidido ocultarse.

»Por eso, toda precaución es poca. Lo que me sorprende es el estado de esas poblaciones. ¿Verdad que no parecen ruinas. Peer?

— Desde luego que no, Luis. Aunque tampoco han de ser, forzosamente, ciudades recién construidas. Lo que me extraña es la ausencia de polvo cósmico.

— A mí también. Y por eso pienso que sus habitantes pueden estar ocultos, obedeciendo órdenes. Estaremos en contacto en todo momento. Si encontráis seres vivientes, no debéis causar daño alguno, pero llevaréis armas desintegrantes, por si, en vez de seres inteligentes, os tropezáis con animales salvajes.

Junk, que era sagaz como su padre, preguntó:

— ¿Qué diferencia existe entre un ser desconocido y un animal salvaje, papá?

— Peer posee un amplio criterio con respecto a eso. Los seres que construyeron esas ciudades no han de ser, forzosamente, andrógenos, como nosotros. Pero poseerán alguna peculiaridad racial que les permita diferenciarlos de un monstruo.

— Te he comprendido, Luis —dijo Peer Cushing—. No hagas caso a tu benjamín. No conoce a los animales más que en película.

Junk se sonrojó, especialmente porque Edith Roff sonrió, mirándole con gesto divertido.

— En cualquier duda, Ian o yo os daremos instrucciones por radio. Estaréis dispuestos para salir dentro de cinco horas.

— De acuerdo. ¿Algo más, Luis?

— No, podéis retiraros.

Todos se dirigieron a la puerta. Pero Luis añadió:

— Junk.

— ¿Qué hay, papá?

— Espero que te portes dignamente. Antes de irte, despídete de tu madre.

— Pensaba hacerlo ahora mismo, papá —replicó el joven—. Creo que volveremos, ¿verdad?

Los otros cinco expedicionarios habían abandonado ya el despacho. Luis Colman puso la mano sobre el hombro de su hijo y le miró a los ojos.

— ¿No te has preguntado la razón por la cual te he elegido a ti entre todos de la familia?

— Supongo que confías más en mí que en mis hermanos.

— No ha sido por eso, Junk. Eres el más joven y, por tanto, tienes más vida por delante. Forzosamente, yo habré de faltar algún día. Y anhelo que alguien de mi sangre sepa lo que debe hacerse en todo momento. Vivir es aprender. Pero es necesario vivir con inteligencia y sabiduría, hijo mío.

»No sé la razón, pero tú me pareces el más joven y el más inteligente de mis hijos. Creo que hay mucho de mí en tu persona.

Junk abrazó a su padre por la cintura y lo apretó cariñosamente.

— Donde yo esté, estarás tú, papá — dijo, sonriendo.

El viaje de exploración a «Kormol» había sido previsto para veinticuatro horas, aunque podía prorrogarse veinte horas más. Sin embargo, Ariana Oderstein se despidió de su hijo menor como si no fuese a verle más, abrazándose a él, casi gimiendo, mientras decía:

— i Cuídate, Junk; sé prudente! ¡Obedece en todo a Peer!

— Serénate, mamá. He explorado más de mil mundos desconocidos y jamás me ha ocurrido nada.

— Eran planetas deshabitados. Pero ése...

— No existen indicios de seres vivos. Sólo construcciones metálicas. No te preocupes. No ocurrirá nada.

Ariana ayudó a su hijo a vestirse el equipo de vacío, le cerró las cremalleras magnéticas, se aseguró de que todo estaba en perfectas condiciones, y luego le acompañó hasta el hangar donde se hallaban las pequeñas naves de exploración, y en donde se habían reunido gran número de personas.

Casi todos los expedicionarios estaban allí. Luis Colman y Peer Cushing estaban allí también, ante la escotilla de la «R-5» número 3, que era la nave auxiliar elegida para efectuar la exploración. El

equipo necesario se había colocado en su interior. Ian Jansky y Valenki controlaban la estación de comunicaciones, cambiando impresiones con los operadores de la «Sustra-Kamac».

— ¿Me oyes bien, Harry? —preguntaba Ian—. Capto un zumbido inestable.

Junk se acercó a la nave. Edith Roff, con dos cajas metálicas, se acercó diciendo:

— Ayúdame, Junk. Esto pesa una tonelada.

Junk tomó las dos cajas con facilidad y se las entregó a su amigo Valenki.

— ¡Dice Edith que esto pesa mucho! ¿Qué te parece, Valenki?

— ¡Bah, chucherías! ¡Subid de una vez y tomad asiento!

Había mucha gente que les tendía la mano. Estrecharon todas las que pudieron, como estaban haciendo Luis y Peer. Luego alguien avisó por el altoparlante:

— Preparados tripulación nave exploradora número tres... Visitantes, abandonen el hangar... ¡Faltan cinco minutos!

— ¿Cómo estáis? —preguntó Peer Cushing, subiendo a la pequeña nave discoidal y dirigiéndose acto seguido al asiento del piloto.

— Bien, Peer —contestó Edith Roff, sujetándose con el cinto metálico a un asiento—. Llevo el laboratorio portátil.

— ¿Todo en orden, Ian?

— Radiocontrol perfecto, Peer.

El ingeniero jefe se volvió a Junk y sonrió a través de su campana transparente.

— Ha dicho Luis que no te pierda de vista, «bebé».

— ¿Queréis dejar de tratarme como a un niño? — replicó Junk —. Díselo a Valenki y Edith. Yo sé nadar y guardar la ropa.

— Sí, has aprendido a nadar en la bañera. El día que encontremos un planeta con mares vas a saber lo que es agua. Pero en esta galaxia dudo que exista el elemento líquido, o reina siempre tanto calor que se ha evaporado.

Una vez todos sentados y sujetos con las bridas metálicas, Peer consultó el tablero de mando. El hangar se había despejado ya. La compuerta de salida se estaba abriendo al vacío exterior.

Pocos minutos después, desde el control de vuelo llegó la orden de Yan-Kuang, diciendo:

— ¿Listo, Peer? ¡Fuera!

A los pocos segundos, la gran astronave «Sustra-Kamac» se convertía en un pequeño punto brillante, suspendida en la inmensidad del cosmos. Peer ajustó los mandos de la nave de

exploración y luego conectó el piloto automático.

— Ya podéis quitaros los cintos. El viaje durará una hora y cuarto.

— ¿Quién construiría esas ciudades metálicas. Peer? — preguntó Jansky.

Capítulo II

— Todo parece estar construido de titanio —informó Ian Jansky, a la vista de las pruebas realizadas por Sonia Onelli y Edith Roff—. No existe atmósfera, pero la temperatura es ideal.

»Tenemos también otras muestras de una especie de cristal, que no lo es. Sonia ha obtenido una muestra y la está sometido a pruebas.

»El pavimento es muy resbaladizo y hemos tenido que colocamos suelas adhesivas para no caer. Todo está cubierto como por una capa de esta especie de vidrio, que resulta durísimo.

«Desde luego, aquí no hay nadie… Ahora vuelven Peer y el grupo.

Efectivamente, afuera, los cuatro exploradores que se habían dirigido al pie de la singular torre, de cubos, regresaban a la nave de exploración. Valenki salió a recibirlos, cuidando de no resbalar sobre el liso pavimento de la plaza.

— ¿Qué habéis visto?

— Nada —contestó Junk—. Ni siquiera sabemos si es posible entrar en ese edificio. No se ve puerta alguna.

— Ni puertas ni ventanas.

— He comprobado que, efectivamente, el planeta no gira sobre su eje, y las cinco lunas, que en este hemisferio sólo son tres, no se mueven absolutamente — declaró Sonia Onelli, la cual llevaba una especie de pequeño telescopio en las manos.

— ¿Cómo se explica eso? —preguntó Valenki.

— No puedo explicártelo. La gravedad es igual a uno, como si estuviéramos en la Tierra, a pesar de que este planeta es mucho mayor. Eso quiere decir que la densidad es inferior.

— Eso no quiere decir nada —replicó Peer Cushing, de mal talante—. Esta ciudad ha sido construida por alguien. Por alguna razón, los habitantes se fueron o han desaparecido. Y como no es posible penetrar en ninguno de esos extraños edificios poliédricos, lo mejor será tratar de utilizar los rayos desintegrantes para abrir brecha. Tal vez dentro de ellos encontremos algo. Díselo a Luis, Ian.

Jansky, que no perdía contacto con la «Sustra-Kamac», obedeció. Pero la respuesta de Luis Colman, desde la astronave colocada en orbitación, fue negativa :

— No, Ian. No destruyáis absolutamente nada. Ignoramos lo que puede ocurrir. Continuad la exploración y los análisis. Nosotros

también efectuamos un reconocimiento telescópico y espectral. Hemos captado vibraciones electromagnéticas de baja intensidad y tratamos de localizarlas.

Junk se acercó al control de onda corta y habló por encima del hombro de Jansky, diciendo:

— Papá, se me ha ocurrido que esta torre puede ser una especie de antena multirradial. Los planos de los cubos apuntan a todas parte, pero he observado que no ofrecen dos planos iguales, hacia el mismo sitio.

»Hemos tomado vistas magnéticas de esa torre, desde la base. ¿Por qué no podemos hacer un agujerito en alguna parte?

— Todavía no, Junk. No hemos descartado la posibilidad de que se trate de un planeta habitado, cuyos moradores se hayan refugiado en alguna parte al captar nuestra presencia.

»Es posible que estén estudiándonos...

— Lo mismo dice Peer. Pero no lo creo. Alguien habría salido a recibirnos. Esto son ruinas de otros tiempos, que se conservan sin deterioro alguno, debido a la ausencia de meteorología. Ni viento, ni polvo, ni agua... ¡Todo está pulido y brillante, como recién construido!

— ¡Eh, Peer! —exclamó Sonia Onelli, desde la entrada de la nave, señalando con la mano extendida —. ¡Acabo de ver un destello luminoso en aquel edificio elevado!

Todos acudieron junto a Sonia, la cual parecía muy excitada, con el brazo extendido, señalando hacia una de las insólitas construcciones que se elevaban al cielo en torno a la enorme plaza. Era un «edificio» en forma de gigantesca «Y», que tendría unos sesenta metros de altura, aproximadamente, o sea la mitad de la torre del centro de la plaza.

Pero ninguno vio el destello indicado por Sonia.

— ¡Ha sido un reflejo, como si algo se hubiera movido! —añadió la geólogo—. Si nosotros estamos aquí y la «luna» no se mueve, lógicamente algo se ha movido allí.

Peer Cushing vaciló un instante. Luego dijo:

— Vamos a ver de qué se trata. Informa a Luis, Ian... ¡Y, por lo que más quieras, no te muevas de aquí!

— ¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Valenki.

— No. Alguien tiene que quedarse con Ian. Tú eres su hijo.

El joven Valenki se mordió los labios, no disimulando su contrariedad, mientras Junk, Peer, Sonia y Edith se alejaban, caminando despacio sobre el «cristal» del pavimento.

La distancia no era mucha desde el lugar en que estaba posada

la nave de exploración hasta el edificio donde la geólogo había visto el destello. A lo sumo, habría mil metros. Pero debían caminar con toda clase de precauciones, porque ya habían sufrido dos aparatosas caídas.

— El reflejo no vuelve a producirse — señaló Sonia—. Lo vi en la parte inferior de los dos brazos.

— ¿Qué clase de edificio es ése? —preguntó Edith.

— ¡Vete a saber! Ni siquiera podemos asegurar que sea un edificio. Todo es sorprendente aquí —habló Peer.

— Pero esto lo ha tenido que construir alguien.

— Desde luego, no parece obra de la naturaleza. Más bien creo...

Peer Cushing no pudo continuar hablando. Se detuvo, agitó los brazos, como queriendo aferrarse a algo, y luego se desplomó sobre el pavimento brillante.

Junk acudió a su lado y trató de sostenerle.

— ¡Peer! ¿Qué te ocurre?

Sonia Onelli también se desplomó igual que Cushing.

Las voces se mezclaron en los circuitos de radio, creando una desconcertante confusión. Junk pudo oír perfectamente a lan Jansky, que gritaba:

— ¡Oscilan todos los indicadores, Luis! ¡Se me oscurece la visión!

Y también la voz de Luis Colman sonó de modo alarmante en los oídos de Junk, quien percibió un aturdimiento inexplicable.

— ¡ Volved a la nave, pronto!

Junk sintió una extremada debilidad en todo su cuerpo. Le flaquearon las piernas y se tambaleó. Sonia y Edith ya caían, tratando de decir algo, pero sus palabras quedaron ahogadas en sus gargantas.

Inmediatamente, Junk vio ascender el piso hacia él.

Sin embargo, no perdió el conocimiento. Tampoco podía mover ni un músculo. Se había quedado tendido en tierra de costado. La visión era turbia, borrosa; apenas si podía ver a Peer, cerca de él, inmóvil.

¿Qué les había sucedido?, trató de preguntarse Junk. ¿Por qué se habían desplomado? ¿Qué estaban haciendo allí, tendidos en el suelo, inertes?

Junk, haciendo un esfuerzo sobrehumano, habló en voz alta:

— Peer... ¿Puedes oírme? ¡Sonia! ¡Edith!

Nadie le contestó, como si no le hubieran oído. La comunicación con lan Jansky también se había cortado. Ni siquiera llegaba hasta él la voz de su padre, desde la « Sustra-Kamac».

Pero Junk luchó desesperadamente por librarse de la extraña laxitud o parálisis que le dominaba. Se impuso la férrea voluntad de mover la cabeza. Necesitaba mirar en torno suyo, ver lo que sucedía a sus otros compañeros. Sin embargo, sentíase aprisionado por una fuerza inexplicable que le impedía todo movimiento.

¡No obstante, podía hablar, cosa que no hacían sus compañeros! ¡Su propia voz, en el ominoso silencio, le alentaba, dándole ánimos!

— ¡ Esto es imposible! — exclamó Junk —. ¡No hay nadie aquí!

Se equivocaba. Precisamente, en aquel instante, dos inquietantes figuras, de morfología antropoide, cubiertas únicamente con una especie de coraza metálica, desde las caderas a los pectorales, avanzaban hacia ellos.

Eran mujeres, de raza blanca, cabezas redondeadas y sin cabello, provistas de brazos y piernas proporcionados, manos y pies de cinco dedos, que caminaban descalzas, despacio, elásticamente.

Lo sorprendente era que parecían respirar con normalidad, ¡allí donde no existía atmósfera!

Junk vio a las dos mujeres, poco después, cuando se detuvieron ante él, examinándole con ojos brillantes y sorprendidos, de un color entre pardo y gris. Luego, se miraron y sus labios se movieron, diciéndose algo que Junk no pudo captar, por hallarse dentro de su traje de vacío.

Junk logró mover la cabeza en aquel mismo instante. Esto atrajo la atención de las extrañas mujeres, una de las cuales se inclinó y tocó con sus dedos rosados el «ferroglás» de la escafandra.

Su compañera también se acercó. Tocó a la otra en el brazo desnudo y le dijo algo.

Junk pudo apreciar que la única prenda que vestían aquellas dos mujeres era flexible, ajustada a las caderas y envolvía perfectamente las ingles. Cubría también sus senos. Y su aspecto no era nada femenino, a juzgar por la cabeza rapada o afeitada.

De pronto, las dos mujeres se pusieron de acuerdo. Y entre ambas asieron a Junk por las piernas y los hombros y lo levantaron con facilidad.

Junk, al ser transportado de aquel modo, pudo ver a sus compañeros, tendidos en el suelo, en la misma postura que habían caído. Fue a decir algo, pero comprendió que sus palabras no podían ser oídas por las hembras que le transportaban, y optó por callar.

* * *

Le llevaron hasta el mismo edificio donde Sonia había visto el

destello luminoso. Subieron por una especie de rampa hasta una puerta que se cerró tras ellos en forma de guillotina lateral. Dentro reinaba la misma luz que en el exterior.

Se hallaban en una estancia circular, de techo bajo. En el centro había un disco rojo, de dos metros de diámetro, sobre el que se situaron las dos mujeres, con su carga.

Y, de repente, el disco empezó a hundirse. Junk vio las paredes lisas de un tubo, que parecía deslizarse hada arriba. Al mismo tiempo, las dos extrañas mujeres le habían depositado en el suelo. Desde su posición, Junk las veía altas, aunque su estatura era similar a la suya.

¿Acaso aquellas criaturas eran las descendientes de la raza que, miles de años atrás, llegó a la Tierra, y de la que, según Lucius Swindle, descendían los humanos terrestres?

Junk empezaba a recobrar la movilidad perdida. Agitó las manos y las piernas y hasta trató de apoyarse en el suelo, para levantarse. Una de las mujeres se arrodilló a su lado y le puso la mano en el hombro, moviendo los labios, como si quisiera decirle algo que él no podía oír.

Sin embargo, el circuito de radio iba provisto de un micrófono con filtro, que Junk conectó, pudiendo entonces escuchar las palabras ininteligibles de ella. Apreció, no obstante, un timbre dulce y persuasivo, y monosílabos de agradable entonación.

— ¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy? ¿Qué nos habéis hecho?

Algo así como una sonrisa afloró a los labios de la mujer. Dijo algo y se volvió a su compañera. En aquel instante, el disco rojo detuvo su descenso. ¡Y Junk se vio rodeado de una multitud de mujeres, casi exactamente iguales a las dos que le habían llevado hasta allí!

Se encontraban en una nave, iluminada por luz artificial, bajo la altísima chimenea circular por la que habían descendido.

Las voces eran allí muy fuertes. Todas las mujeres parecían hablar a un tiempo, interesándose por Junk, puesto que se acercaban a tocarle las ropas y el casco.

Sin embargo, sus captoras apartaron a las otras con energía, y luego ayudaron a Junk a incorporarse, sosteniéndole de ambos brazos.

El joven astronauta no estaba inquieto, sino preocupado por sus compañeros. No captaba indicios amenazadores en aquellas mujeres, cuyo número era impresionante. Parecían haberse reunido cuatro o cinco mil. Pero no todas querían acercarse al extraño, sino que le miraban desde lejos. Otras, por el contrario, le rodeaban, le

tocaban, manoseaban su equipo de vacío, despojándole de algunos objetos auxiliares. También le quitaron el arma que llevaba al cinto, sin que sus captoras pudieran impedirlo.

Llevaban a Junk hacia un extremo de aquella nave, donde había un túnel abovedado. El piso era metálico y móvil, como una acera rodante. Muchas mujeres siguieron al grupo por aquel túnel. Otras se quedaron rezagadas.

Junk caminaba despacio, porque las suelas adhesivas se pegaban al piso. Y vio que las mujeres que le acompañaban se movían con facilidad, gracias a sus pies descalzos.

— Somos exploradores de la Tierra. No os causaremos ningún daño — dijo Junk.

Todas le miraron con curiosidad. No le habían comprendido, era evidente, pero se maravillaban de su voz.

El piso móvil terminaba en otra gran nave circular, de vastas dimensiones, donde había muchas más mujeres, ataviadas del mismo modo. Y casi todas quisieron acercarse a ver a Junk de cerca. Mas las dos acompañantes se pusieron serias, gesticulando y hablando rápidamente, y les dejaron paso hasta el centro de la nave, donde había un disco rojo, bajo una chimenea exactamente igual a la que utilizaron en la otra sala para descender.

Aquí, las dos acompañantes de Junk obligaron a las otras a separarse. Luego, el disco ascendió hacia la chimenea, seguramente impelido por alguna barra que debía haber debajo. Así subieron de nuevo a la superficie.

Al detenerse el disco, Junk vio ante él a una mujer con una cabellera dorada en la cabeza, y vestida de modo distinto, con una especie de falda corta, zapatos de color oro, casaca recamada de placas metálicas aceradas, y un instrumento en la mano que, sin saber por qué, Junk consideró un arma.

Aquella mujer parecía tener más categoría que las otras. Habló brevemente con ellas y luego examinó a Junk, al que dirigió algunas incomprensibles palabras.

— Lo siento, señorita. No entiendo ni una palabra. Me llamo Junk Colman y procedo de una nave intergaláctica que partió de la Tierra hace unos cientos de años.

Todyl Arkmo, la vestal rubia de «Kormol», como se llamaba la criatura ante la que se encontraba Junk, escuchó, sorprendida, aquellas palabras. Y repitió una con claridad:

— ¿La Tierra?

— Sí, somos originarios de ese planeta.

— Sí —habló Todyl. Y añadió, para sorpresa de Junk —: No...

Sí, no.

— ¿Habéis oído alguna vez mi lengua? —preguntó Junk, atónito.

Aquella mujer sacudió negativamente la cabeza, sonriendo. Tomó a Junk del brazo y le condujo hacia el muro de la nave, donde se descorrió una puerta abovedada, que comunicaba con una sala donde estaban otras dos mujeres, como ella, sentadas detrás de lo que parecían máquinas computadoras o algo semejante.

Las otras dos mujeres de atuendo metálico y cabeza afeitada quedaron fuera.

Al cerrarse la puerta detrás de Junk, Todyl Arkmo señaló a una de sus hermanas de raza y dijo:

— Akara Tarna... Ikai Otirma.

A continuación dijo algo, donde Junk captó perfectamente el nombre de la «Tierra».

La mujer señalada como Akara Tarna escuchó y después manipuló en el cuadro de extraños mandos que tenía delante, mientras Todyl Arkmo acompañaba a Junk hasta un curioso asiento, frente a una esfera blanca, de casi un metro de diámetro.

Por gestos, Todyl Arkmo indicó a Junk que podía sentarse, para lo cual ella se sentó y se levantó varias veces, con gestos amistosos. El asiento tenía un respaldo basculante y era de una materia acerada y blanda, dispuesto como una silla alargada y apoyada en el piso por dos pies metálicos.

Tanto el diseño como la construcción de todo cuanto allí había era extraordinario. Sin embargo, Junk no se asombraba de nada. Tampoco lo hizo cuando la esfera empezó a irradiar luz, brotaron líneas de color, y terminó por mostrar el rostro y el busto de un hombre, de cabellos cortos y blancos, tez arrugada y ojos hundidos en un semblante de asceta, cuyos labios se partieron para hablar en una lengua que había servido para expresarse en la Tierra mucho antes de la construcción de las pirámides de Egipto, y que Junk no comprendía en absoluto.

Al cabo de irnos instantes, el individuo cuya imagen aparecía dentro de la esfera se detuvo y miró fijamente a Junk. A la pregunta que hizo, y que Junk no comprendió, el joven «stelaris» respondió:

— Lo siento. Supongo que me habla usted en un lenguaje que debió utilizarse en mi planeta hace bastantes siglos, pero que no se ha conservado.

— Habla —dijo el hombre—. Yo saber... Tratar comprender lenguaje... Estudiar mente.

Ahora, Junk mostró un vivo interés. Había comprendido

perfectamente.

— ¿Estuvieron ustedes alguna vez en la Tierra?

— Hijos de Andro… Sí… Nosotros extender cultura universal.

— ¿Qué les ha ocurrido a mis compañeros? Estábamos tratando de averiguar algo en este planeta y nos sentimos dominados por un desvanecimiento.

— Tus hermanos estar bien… Serán traídos Kormol… Aquí vivir sin peligro… Fuera no haber aire… Mundo desierto… Nosotros estudiar vuestra lengua y luego hablar… Debemos estudiar mente… Tú no tener miedo… Yo dormirte…

Efectivamente, Junk empezó a sentir un sueño irresistible y no tardó en quedarse dormido, ante la penetrante mirada del hombre de la esfera.

Capítulo III

Cuando Junk se despertó vio a su lado a Edith Roff, cubierta con una especie de sábana azul y tendida en una litera, como él. Se encontraban en el interior de una semiesfera, de paredes opacas, enteramente aislados.

Como su compañera, Junk había sido despojado de sus ropas y sólo se cubría con la sábana azul.

Cuando tuvo consciencia de su desnudez, se envolvió en la sábana y se incorporó. Un vistazo le convenció de que no había puerta alguna en la estancia, cuyo diámetro sería de tres o cuatro metros. La luz se filtraba a través de las paredes y del techo, exactamente en el centro, pendía un objeto, parecido a un micrófono, que giraba sobre sí mismo.

Junk, descalzo, se acercó a la litera donde yacía Edith y le alzó los párpados. Se dio cuenta que estaba sin sentido, pero no muerta, como había temido. En vista de lo cual, la sacudió ligeramente.

— Edith, despierta... ¿No me oyes?

La joven se agitó, gimió y luego pestañeó.

—¿Qué...?

Se asustó al verse allí tendida, sin ropas. Instintivamente, trató de protegerse con la sábana azul, mirando asustada a Junk, el cual retrocedió para sentarse sobre su litera, que era una pieza mullida, de un material acerado y flexible, y que se apoyaba en cuatro barras de algo parecido a acero brillante.

Al sentarse, Junk percibió un ligero dolor en el pecho, donde descubrió una cicatriz. También observó un punto rojo en el brazo izquierdo.

— Lo siento, Edith —Junk habló con tristeza—. Supongo que no debe ser nada grato despertarse aquí y verse sin ropas.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste?

— Eso quisiera saber yo. Sólo sé que fuimos paralizados por una fuerza desconocida y luego trasladados al interior de uno de los edificios que rodeaban la plaza de la estrella de Salomón. Me llevaron dos mujeres de cabeza afeitada. Descendimos a una nave circular, donde había varios miles de mujeres iguales, y luego me hicieron entrar en otro lugar en que sólo se encontraban tres mujeres de distinto aspecto, que parecían controlar máquinas indescriptibles.

«No parecían tener intenciones hostiles, puesto que me invitaron

a sentarme frente a un raro televisor esférico, en el que apareció un tipo de cabellos blancos, ojos hundidos y rostro apergaminado.

«Habló unas pocas palabras en nuestra lengua y dijo que iba a dormirme, a fin de estudiar mi mente. Así debió hacerlo, puesto que acabo de despertarme aquí, hace un instante. Creo que me han hecho un reconocimiento físico.

La expresión de estupor en el semblante de la vivaracha Edith se acentuó de pronto.

— ¡A mí también me han hecho alguna cosa, Junk! ; Noto algo raro en el vientre!

— No te alarmes. Creo que no desean hacemos daño, sino realizar un reconocimiento de nuestros organismos. Después de todo, somos extraños, procedentes de otra galaxia.

— Yo no recuerdo nada más que íbamos hacia donde Sonia Onelli dijo haber visto el destello y todo se oscureció de pronto. Pero aquí estamos prisioneros.

— No lo sé. Sólo vi mujeres. El viejo habló conmigo a través de un televisor esférico. Debía encontrarse en otro lugar. Es sorprendente el parecido morfológico que poseen con nosotros.

— ¿Qué nos harán? —preguntó Edith, sobrecogida, mientras se envolvía con la sábana azul.

— Lo ignoro. Pero pronto lo sabremos. Ni siquiera sé el tiempo que llevamos aquí. Mi padre no estará muy tranquilo en la astronave. Temo que envíe otra «R-5» a buscarnos, con órdenes de disparar ante cualquier eventualidad. Las consecuencias podrían ser catastróficas. Es nuestro primer contacto con una raza civilizada y debemos ser precavidos.

— Tu padre tomará toda clase de precauciones, Junk. No es un irreflexivo. ¿Y los otros?

— Deben encontrarse en alguna parte, cerca de aquí.

Junk se levantó, se afianzó bien la sábana, doblándola sobre el pecho, y luego examinó el objeto que daba vueltas lentamente colgando del techo.

— ¿Qué crees que será esto? —preguntó.

— Quizás estén escuchando todo lo que hablamos.

— Eso es casi seguro. Pero también parece un renovador de aire. ¿Notas alguna dificultad en la respiración?

— No, ninguna.

— Pues yo no noto que exista aire aquí dentro. Algo extraño está ocurriendo. Se roe ocurre pensar, por esta cicatriz que tengo en el pecho, que han podido hacemos algo para asimilar el oxígeno interior.

»Esas mujeres, constituidas como nosotros, no parecían tener dificultades respiratorias.

Edith también tenía, junto al esternón, una pequeña cicatriz.

— ¿Y cómo se sale de aquí? —inquirió Junk, tentando la pared abovedada.

— ¿Qué podemos hacer, Junk?

— Nada. Esperar. Tarde o temprano se acordarán de nosotros. Entonces nos dirán algo.

— No nos habrán encerrado aquí para eliminarnos, ¿verdad?

— Desecha esas ideas, Edith. Esto puede ser un lazareto, donde estamos pasando una cuarentena de estudio biológico o aclimatación. Vete a saber. Es evidente que estudian también nuestro equipo, todo lo cual es nuevo para ellas.

— ¿Y son mujeres?

— Sí, como tú, aunque la mayoría lleva la cabeza afeitada.

— ¡Esto es horrible, Junk! ¡Estoy terriblemente asustada! ¿Por qué me han encerrado contigo y no con Sonia?

Junk sonrió y repuso:

— Tal vez seamos las dos únicas especies que han decidido estudiar. Hay diferencias sexuales entre tú y yo. No debes asustarte y menos temer nada de mí.

— Espero que te portes como un caballero, Junk.

El aludido rió entre dientes.

— No seas gazmoña, Edith. Aunque no tuvieras esa sábana sobre ti, jamás se me ocurriría ver en tu persona a una muchacha. Me inquietan otros pensamientos.

— Gracias, Junk. Yo te aprecio. La verdad es que no sé lo que digo. Todo es demasiado sorprendente y extraordinario.

— Sí, por supuesto. Hemos llegado a un mundo extraño y desconocido. Más no debemos temer na...

Junk se interrumpió bruscamente al ver que el muro abovedado empezaba a separarse, abriéndose un segmento, desde el techo al suelo, al otro lado del cual apareció Todyl Arkmo, con un carrito de ruedas ante ella.

Cuando la abertura fue suficiente para dejar pasar a la visitante, el muro dejó de descorrerse. Todyl Arkmo empujó el carrito y entró. Antes de que se volviera a cerrar el muro, Junk vio, afuera, una semiesfera, de las mismas características y proporciones de la que estaban ellos encerrados, donde supuso que debían hallarse sus otros compañeros.

Todyl Arkmo, con una sonrisa, señaló el carrito y levantó la tapa, para sacar los monos blancos y la ropa interior de Junk y

Edith.

— Vestir — dijo Todyl.

— ¿Has aprendido ya nuestra lengua? —preguntó Junk, sonriendo también.

Aquella especie de vestal asintió y dijo:

— Saber algo... Apkran enseñar... ¿Por qué no vestir?

— A Edith no le gusta que la vean sin ropa. Es pudor. Tú eres una mujer y no está bien que me vista delante de ti. ¿Y la escafandra? ¿Qué aire respiramos?

— Entender —respondió Todyl, bajando la cabeza varias veces —. Vosotros ya no sufrir asfixia. Purificación sangre oxígeno interior. Organismo perfecto. Alimento contener oxígeno función fisiológica. Nosotros arreglar.

Diciendo esto, de modo casi telegráfico, Todyl Arkmo señaló la pequeña cicatriz que había en el pecho desnudo de Junk.

— ¿Y nuestros compañeros?

— Estar siendo atendidos. No temer. Vosotros hablar luego con hermanos nave y decir que estar bien. ¿Por qué no vestir?

— Vuélvete y me vestiré.

Todyl Arkmo sonrió y se volvió de espaldas. Rápidamente, Junk y Edith, sin mirarse, se pusieron las primeras prendas interiores, que estaban ligeramente rígidas a causa de la esterilización.

Una vez cubiertos con sus prendas, Junk buscó sus botas en el carrito. Sólo encontró dos recipientes metálicos, con tapones de rosca.

— ¿Y mis botas?

— Aquí no botas —dijo Todyl, volviéndose a mirarle—. Yo, Todyl Arkmo, Akara Tama y Otirma, llevar placas aislantes... No fluido suelo. Apkran, amo predilecto. Todos pies descalzos.

— No entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de placas aislantes? ¿Hay fluido en el suelo?

— Sí. Corriente psíquica... mental. Control «odayas»... Suelo fluido vital.

— Quiere decir —habló Edith— que todos reciben a través del suelo una corriente psíquica, que es una especie de control de las mujeres que habitan aquí. Sólo ella está aislada.

— Sí. Ahora, comer. Depósito alimentos. Es bueno.

Tomó uno de los recipientes, se lo ofreció a Junk y lo destapó. El contenido era más de litro y medio de una pasta líquida, de agradable aroma, que Todyl indicó por gestos que debían beber.

— ¿Qué es esto? —preguntó Junk, tomando el envase.

— Alimento. Organismo recuperar energía, hidratos, proteínas,

calorías...

— ¿No podemos salir de aquí? —preguntó Edith.

— No. Esperar. Hijos de Andro partir pronto Miver.

— ¿Has dicho que te llamas Todyl Arkmo?

— Sí, yo ser Todyl Arkmo — replicó la aludida, con una amplia y graciosa sonrisa que impresionó a Junk.

— Escucha, Todyl. Mi padre está en la nave terrestre, orbitando este mundo. Si no volvemos pronto a su lado, puede ordenar el ataque y causar daño.

— No daño. Tú hablar hermanos nave espacial. Ellos esperar y no poder causar daño.

— ¿Cuándo hablaré con mi padre?

— Primero comer. Luego, yo volver y acompañar pequeña nave. Ser amigos... Todyl Arkmo amiga Junk Colman.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

Riendo, Todyl señaló la cabeza de Junk.

— Tú estar dentro cabeza.

Incluso Edith sonrió.

Luego, Todyl dio media vuelta, se descorrió el muro y salió.

* * *

Al ver las «lunas» artificiales, Junk tuvo la sensación de respirar a pulmón libre. Le habían impresionado las «odayas» que alargaban sus manos hacia él, para tocarle, como si fuese un ser sagrado que les iba a proporcionar suerte.

Todyl Arkmo, caminando delante de él, había hecho apartarse a las mujeres del peto metálico y la cabeza rapada, pronunciando palabras ásperas. Era evidente que la respetaban, porque todas se apartaban para dejarles paso.

De esta forma, pudieron llegar hasta uno de los ascensores de disco y subir a la superficie, para salir a la plaza de la Estrella, donde se alzaba la Torre Sideral.

En poco tiempo, Todyl Arkmo parecía haber progresado bastante en el lenguaje terrestre. Fue ella la que dijo lo que significaba la torre que se alzaba en el centro de la plaza:

— Son planos receptores de ondas. Los mensajes de nuestros mundos llegan a Kormol y nosotros los escuchamos.

— Lo supuse. Me dio la impresión de una gran antena... ¡Allí está la «R-5»!

— Sí. Nosotros no conocer mecanismos nave. Tú hablar con tu padre.

— ¿Por qué no vienes a la «Sustra-Kamac» a conocer a mis

compañeros?

— No, Junk. Ellos esperar. Andro enviará órdenes. Estáis siendo estudiados. No hay prisa. Nosotros saber, hace tiempo, que vuestra nave se encontraba explorando la galaxia de Andro.

— ¡Es sorprendente! —exclamó Junk—. Nosotros llamamos Andrómeda a esta galaxia.

— Tú ignoras que Tierra ser nombre puesto por Andro a tu mundo. La Vía Láctea, el Sol, Venus, Marte, Mercurio, Júpiter y todos aquellos planetas fueron visitados por naves de Andro en épocas remotas, cuando la navegación espacial se realizaba entre nosotros.

— No te comprendo, Todyl. ¿Ya no poseéis naves del espacio?

— No.

— ¿No vais de un mundo a otro?

— Sí. Yo ir a Miver, a Osmer, a Lund... Pero no emplear naves. Eso es antiguo. Ahora existen los transmisores de materia. Nosotros ser trasladados por ondas. Muy rápido. Desaparecer aquí y aparecer en Miver en el mismo segundo. Teleportación instantánea por control dirigido.

— ¡Demonios! —exclamó Junk.

— Nosotros vivir debajo. «Odayas» haber construido esto. Siglos próximos, hijos de Andro venir y habitar Kormol. Aquí estudiar, vivir y extender raza Andro.

— ¿Son obreras esas «odayas»?

— Sí, obreras.

— ¿Y los hombres?

El semblante de Todyl Arkmo se nubló de repente. Se detuvo y miró fijamente a Junk.

— Andro significa Amo Inmortal y Único. Hombres no nacen en Andrómeda, la galaxia de Andro.

— ¿No nacen hombres? —exclamó Junk, atónito.

Todyl sacudió negativamente la cabeza.

— ¿Quién es el anciano que me habló a través de aquella esfera?

— Apkran, el Sabio, hijo de Andro... ¡El padre anciano! ¡Vive desde que se hizo el universo! Él conoce la lengua de vuestros antepasados. Tiene archivos de todos los mundos explorados antiguamente. Él puede ir a la Tierra, sin necesidad de astronaves, ni años de viaje.

»Apkran habita en Miver, en un inmenso edificio de metal. Tiene el fluido vital de un quintillón de « odayas».

Junk estaba aturdido al escuchar las palabras que Todyl Arkmo cada vez pronunciaba con más corrección. Incluso se detuvieron,

ante la compuerta de la nave auxiliar «R-5» n.° 3, mientras ella le explicaba lo que eran «odayas», vestales, «sumas» e hijos de Andro.

La sociedad en los mundos que regían los hijos de Andro se componía de unos millones de elegidos, varones nobles, muy antiguos, que habitaban mundos distantes. Los hijos de Andro eran varones. Todos los demás miembros de aquella singular raza eran hembras, dependientes de los hombres de un modo singular, primero como «sumas» o reinas, cuya misión era procrear continuamente, durante siglos. Como existía un control de sexos, únicamente nacían hembras, que eran sometidas a pruebas de coeficiente mental. Las más inteligentes eran adiestradas como vestales, en proporción de una entre diez mil. Las restantes eran «odayas» u obreras. Tanto vestales como «odayas» eran estériles. En cambio, las «sumas» podían tener hasta doscientos o trescientos hijos, debidamente sexuados como hembras.

¡Y hacía siglos que no nacía ningún varón!

— ¿A qué es debido esto?

— Yo no puedo decírtelo, Junk. Así debe estar impreso en nuestro código genético. Las «sumas» son las reinas. Los hijos de Andro duermen con ellas sin cesar. Nuestra raza se extiende progresivamente. Es preciso crear mundos nuevos para albergar a tanta gente.

— ¿Es que no muere nadie?

— ¿Qué es morir? —preguntó Todyl Arkmo.

— Dormir y desaparecer para siempre.

— No. Eso era antiguamente. Andrómeda era casi polvo entonces. Lo sé por los alambres impresos de la escuela de Miver, donde pusieron en mi mente la historia de Andro.

»Éramos muy pocos entonces. Las «odayas» pueden morir por accidente. Si sufren heridas, las curamos. Si sus corazones se detienen, por la pérdida de sangre, los reactivamos. Hay circuitos de reactivación y reposición biológica. Es sencillo. En otros casos de accidente grave, la «odaya» es destruida. Una so importa.

— ¡Sois como una gran colmena de abejas, con sus reinas, obreras y zánganos! —exclamó Junk.

— No entiendo. Puedes hablar con tu nave. Hazlo. Hemos de volver.

Junk penetró en la nave auxiliar y Todyl Arkmo le siguió. Al inclinarse sobre el control de radio, Junk oprimió el conmutador de cierre de la compuerta.

— ¿Qué haces, Junk? —preguntó ella, alarmada.

— No te preocupes. Vamos a ir hasta la nave donde está mi

familia. Es mejor que llamar por radio.

El semblante de Todyl pareció demudarse.

— ¡No, tú has mentido! ¡Déjame salir de aquí!

— Lo siento, pequeña. No puedo hacerlo. Ahora, tienes que sentarte ahí y sujetarte con esa brida.

— ¡No! ¡Apkran se pondrá furioso!

— ¿Y qué me importa a mí ese viejo?

— ¡ Tus hermanos pueden morir!

— ¿Crees que la «Sustra-Kamac» está indefensa, Todyl? ¡Es mi padre quien debe decidir en esta cuestión! Y tú vas a venir conmigo.

Todyl se lanzó hacia la cerrada compuerta y golpeó con los puños. Sus gritos, en lengua nativa, hicieron sonreír a Junk.

— Es inútil. Vamos a despegar en un instante. Es mejor que te agarres fuerte o recibirás daño.

— ¡Estás loco! ¡Has mentido!

Capítulo IV

Luis Colman contempló gravemente a la silenciosa Todyl Arkmo, a la que no había podido arrancar siquiera una sola palabra, desde que Junk la llevara a bordo de la «Sustra-Kamac».

Junk se encontraba junto a la puerta, «respirando interiormente». Sus pulmones ya no necesitaban el oxígeno de la atmósfera artificial de la astronave.

— Mi engaño la ha impresionado mucho — habló Junk—. Es evidente que lo considera como una terrible traición.

— Entiendo —dijo el jefe de la nave terrestre, sin dejar de mirar a Todyl —. Debes comprender que mi hijo tenía que aprovechar la ocasión de volver aquí. Nos encontramos en un mundo que desconocemos. Vosotros habéis retenido contra su voluntad a las seis personas que envié a explorar vuestro planeta.

«Utilizasteis métodos desconocidos para contrarrestarlos. Habéis practicado una operación a Junk que ignoro los perjuicios que puede ocasionarle. De momento, ya no es como nosotros. Incluso vivir en una atmósfera como ésta podría serle fatal.

»¿Es que no tenía derecho a tratar de huir e informamos de lo ocurrido?

— Ella informó al viejo Apkran — señaló Junk.

— Nosotros no hemos venido hasta aquí con planes de conquista, sino todo lo contrario — continuó diciendo Luis Colman —. Podemos admitir incluso que nos hallamos en notable desventaja con respecto a vosotros, por razones lógicas. Pero no somos enemigos, ni siquiera representamos una amenaza.

«Acataremos vuestras leyes y costumbres, si se respetan nuestros derechos. No es mucho pedir, supongo. Y agradecemos la gentileza que habéis tenido en aprender tan rápidamente nuestra lengua, a fin de establecer el diálogo.

»Por lo que Junk me ha contado, nuestras razas establecieron contacto hace milenios. Incluso es posible admitir que seamos descendientes de un tronco común, como parece demostrar una teoría científica moderna, a raíz de los hallazgos arqueológicos efectuados en las tierras dejadas al descubierto por las aguas del Atlántico.

»No veo razón, pues, para que te obstines en negarte a conversar. Podemos llegar a entendernos por medio del diálogo. Nosotros no vamos a poner condiciones. No podemos. Somos un

número escaso de terrestres que sólo pretenden ampliar sus conocimientos.

»Es misión humana aprender y desentrañar los misterios del cosmos, como supongo que harían tus antepasados.

Junk se acercó lentamente y se situó delante de Todyl.

— Mi padre es razonable, Todyl Arkmo. Te pido disculpas por lo que tú consideras una traición mía. Íbamos a la pequeña nave a comunicar a mi padre lo ocurrido. Te dije que utilizaría la radio. Luego, volveríamos a donde esperaba Edith Roff.

»Bien. Se me ocurrió que sería mejor venir y hablar directamente. Así, mi padre podría conocerte. Es más inteligente que yo y tiene más experiencia.

Por vez primera, Todyl alzó sus misteriosos ojos y miró a Junk. Pero sus labios no se despegaron. Parecía una esfinge ofendida.

— ¡No te traje aquí con ningún vil propósito, Todyl! — insistió Junk—. No pienses que me proponía utilizarte como rehén para rescatar a mis compañeros. Estoy convencido de que no corren peligro alguno y que cuanto habéis hecho con nosotros ha sido para ayudarnos.

— Me has mentido, Junk —habló Todyl, de pronto —. ¡ Apkran me castigará!

— Tú no tienes la culpa —replicó Junk.

Luis Colman aprovechó la oportunidad.

— ¿Quieres volver a tu mundo ahora mismo?

— Sí.

— ¿Dejaréis volver a los cinco coterráneos míos que habéis retenido?

— No puedo hacerlo. Apkran ha dado instrucciones. No sé lo que decidirán en Miver los hijos de Andro. Deben estar consultando.

En aquel instante, el videófono interior zumbó. Luis se volvió y conectó la imagen. Apareció el rostro de Ariana.

— ¡Dile a Milo que me deje pasar, Luis! — exclamó ella, suplicante—. ¡Quiero ver a Junk y comprobar que nada le ha ocurrido!

— Lo siento, querida. Ahora no puede ser. Estamos muy ocupados.

— ¡Me ha dicho Yan que no respira como nosotros, Luis!

—No es nada, Ariana. Déjanos, por favor.

Luis cortó la comunicación bruscamente. Al volverse hacia Todyl, vio que ésta le miraba con expresión de sorpresa.

— ¿Quién es ella?

— Mi esposa... La madre de Junk.

— ¿Por qué sufre?

Todyl Arkmo había captado perfectamente la expresión de sufrimiento en el rostro de Ariana.

— Mi madre está preocupada por mí.

— ¿Por qué?

Luis trató de explicarlo.

— No sé si conoces lo que es el amor, amiga mía. Si un ser ama a otro, sufre cuando a éste le ocurre algo malo. La madre de Junk teme que la operación que le habéis hecho, para que respire de otro modo, le perjudique.

— ¡Nosotras hemos mejorado a Junk! ¡ Ya no podrá morir por asfixia! ¡Podrá salir al vacío exterior sin necesidad de escafandra de aire! ¡Decidle a esa mujer que no sufra!

Todyl parecía muy inquieta y presa de gran zozobra, mirando hacia la oscura pantalla del videófono interior.

Luis, comprendiendo de modo vago, se volvió y presionó un botón del tablero de su mesa, diciendo:

— Milo, deja pasar a mi esposa.

— Sí, Luis.

Efectivamente, la puerta se descorrió al instante. Ariana, con lágrimas en los ojos, entró y se abrazó a Junk, sin mirar siquiera a la extranjera, la cual se puso en pie.

— Una madre de nuestro mundo es capaz de darlo todo, incluso la vida, por su hijo. Eso es amor materno.

— ¿Tu mujer? —preguntó Todyl.

— Sí — asintió Luis —. Se llama Ariana.

— ¿Qué te han hecho, Junk, hijo mío? —preguntaba la aludida a su hijo menor.

— No te inquietes, mamá. Creo que ahora soy mejor que antes.

— ¿Mejor? ¿Qué quieres decir? Yan-Kuang me ha dicho...

— En Kormol no hay atmósfera, mamá. Me han hecho una operación y no necesito respirar para poder vivir.

— ¡Oh, eso es...! ¡Oh, hijo mío; eso es monstruoso!

— Calma, Ariana. No comprendes — intervino Luis —. Creo que es bueno para Junk. No te alarmes.

También Todyl se acercó a Ariana y acercó sus dedos a los ojos de ella, rozando las lágrimas.

— ¿Sufres, madre? ¿Qué es esto?

— Lágrimas de angustia y sufrimiento. Temo que tú no comprendas estos sentimientos humanos.

— Nosotros ya no tenemos sentimientos — dijo Todyl, con cierta tristeza—. Yo aprendí en la escuela de Miver que antiguamente se

lloraba, se reía y se amaba. Es una sorpresa para mí verlo ahora, porque esos sentimientos chocan contra mi razón.

— ¿No sentís afecto por vuestros semejantes? — preguntó Junk.

— En todos los planetas de Andrómeda fue olvidado el sentimiento. Sólo conocemos la obediencia o la sumisión. Los hijos de Andro obedecen al sabio Apkran. Las «sumas» están sometidas a los hijos de Andro. Nosotras, las vestales, obedecemos a las «sumas», a los hijos de Andro y al Sabio Apkran. Por último, las «odayas» están sometidas a nosotras, y los que nos mandan. Pero nadie ama o sufre como vosotros lo hacéis… Eso es debilidad.

— No lo creas — replicó Luis —. El amor exige muchas veces grandes sacrificios. Por encima de todo, nosotros obedecemos a los intereses de la ley.

»Ya que te interesa ese aspecto psicológico de nuestra conducta, te diré que, si lo considero un deber, mi hijo Junk puede ser enviado a morir. Y no por eso dejaré de amarle.

— No lo comprendo. Es imposible causar daño a quien se ama — dijo Todyl, sorprendida.

— Yo no enviaría a Junk a morir por el solo hecho de causarle daño o la muerte. Lo haría por acatar el cumplimiento de mi deber. Imagino que vuestro progreso os ha hecho dejar atrás valores altamente espirituales. Y eso es lo que choca con tu razón.

— Sí, entiendo… Esto debe saberlo Apkran.

— ¿Se lo dirás? — preguntó Junk.

—¿Para qué? Él sabe todo lo que ocurre aquí, como si estuviera presente. Su inteligencia es grande, me consta. De su cerebro parten ondas mentales que llegan hasta los confines de la galaxia. Y aunque estamos lejos de él, puede oírnos y vemos como si estuviese aquí.

— ¿Cómo logra hacer eso?

— Es un dominio de concentración… Metapsíquica, creo que se llama eso.

Luis y Junk se miraron. Ariana contemplaba ahora a Todyl con sumo interés. En su mentalidad de cronista oficial, estaba tratando de hallar el modo de describir su aspecto, aunque su inquietud mayor estaba centrada en lo que aquella mujer hubiera podido dañar a su hijo.

— Apkran posee vastos conocimientos de todas las materias — siguió diciendo Todyl—. Él nos ha transmitido, por telepatía, cuanto está rememorando de vuestro lenguaje y conocimientos. Por eso yo puedo hablar vuestra lengua.

»Su mensaje llega hasta mí sin yo darme cuenta.

— ¿O sea que todos formáis parte de un todo único, como células de un organismo colectivo y gigante? — preguntó Luis, sorprendido.

— Sí, exactamente. Ahora... —Todyl se interrumpió y cerró los ojos —. ¡Apkran me habla!

Su semblante parecía haberse demudado, perdiendo el color. Daba la impresión de haber caído en profundo trance, aunque se agitó como si sufriera un calambre.

— Escúchame, Luis Colman —habló Todyl, con voz distinta.

¡Junk volvió a escuchar la voz del anciano que había visto en el interior de la esfera!

* * *

— Eres muy osado y eso nos enoja. Pero no vamos a tenértelo en cuenta. Comprendemos tu ignorancia y la de los tuyos —decía la voz de Apkran, por boca de Todyl —. Tienes razón al decir que no pretendes causarnos daño. Para hacérnoslo es preciso poder. Y sois demasiado primitivos para que vuestra balbuceante ciencia nos pueda molestar siquiera.

»Nos hemos reunido, los hijos de Andro, que son los hombres nobles de estos mundos, y yo. Han funcionado los transmisores de materia que, como sabes nos permiten trasladamos en el espacio... ¡Nosotros carecemos de tiempo, aunque tuvimos un ayer y tendremos mi futuro!

»¿Lo comprendes esto, Luis Colman? Os parece algo fantástico haber descubierto drogas que prolongan vuestra corta existencia, cuando nosotros ya hace siglos que dejamos de morir.

»Hay una gran diferencia entre vuestra cultura y la nuestra. Siglos enteros de espacio nos distancian.

»Es cierto que, en otro tiempo, nuestras naves llegaron a la Tierra. Era nuestra edad media, y vosotros, los nativos originarios de allí, estabais en la barbarie más ignorante. Un estado intermedio entre el hombre y la bestia.

«Nuestro soplo de civilización os sacó de la oscuridad. Era un deber transmitir lo que habíamos recibido antes. Porque la vida inteligente es eterna y continuada, imperecedera e infinita. La inteligencia máxima, a la que nunca se llega, es Dios. Nosotros somos superiores, pero sabemos que existen dimensiones distintas a la nuestra, en donde pululan seres mucho más inteligentes que nosotros. Nada tiene límite, ni en lo grande, ni en lo pequeño.

»Los mundos se forman por materia condensada. El polvo cósmico gira eternamente, concentrándose en masas compactas

cada vez más densas, hasta que, al fin, roto el equilibrio de presión, al aumentar la temperatura interior de los átomos, estalla todo en inmensos remolinos de materia de la que nacen los astros y los mundos.

»Así es en lo grande como en lo pequeño. Así siempre. Y esos mundos, surgidos de la masa incandescente de la explosión, se van enfriando lentamente, durante millones de siglos, hasta que pierden la cohesión y el calor interno, y se mueren, para disgregarse, una vez han dejado de girar y vivir. Fueron moléculas y polvo cósmico y a eso vuelven siglos después, para iniciar su errante vagabundeo, llevados por las corrientes electromagnéticas del universo.

»El hombre, mientras, ha ido desplazándose de un mundo a otro, buscando la habitabilidad de los planetas, sufriendo calamidades sociales y hasta geológicas, que lo diezman y lo dispersan.

»El hombre habita el universo desde el principio. Forma parte de la materia, de la vida, del todo. Pero no está solo, porque la vida evoluciona en todos sentidos y no es menos apreciable el que está debajo, porque la Naturaleza, obra de Dios, es inmensamente sabia y actúa con más juicio que los hombres.

»De todo esto, que vosotros sabéis algo, quiero hablaros, ya que habéis venido y no podéis volver a vuestro lejano mundo. No podéis volver por vuestros propios medios, pero conseguiréis hacerlo con nuestra ayuda.

»No os queremos mal. Si os consideráramos intrusos, con un soplo podríamos aniquilaros. Más no hay razón. Admiramos el valor y la audacia.

»Vais a sufrir un gran cambio. Debéis estar preparados. Nosotros no podemos aprender nada de vosotros. Todo podemos enseñároslo. Pero como es tan grande el abismo que nos separa y vuestra presencia aquí nos trastorna, hemos decidido mostraros nuestros mundos como invitados especiales.

»Cada uno de vosotros será huésped de un hijo de Andro. Vivirá con él una temporada. Luego, os restituiremos a vuestra nave y os prolongaremos la vida para que podáis regresar a la Tierra con nuestro mensaje.

«Queremos que seáis mensajeros de Andrómeda y que contéis cuanto aquí habréis visto. Están cerca los tiempos en que viajar a las galaxias será como ahora ir de un planeta a otro.

»Sin embargo, no debéis pensar jamás que ya lo habéis conseguido todo. Si tal hacéis, sufriréis vosotros mismos las consecuencias del error.

«Jamás se llega al final, porque no existe. Entre vosotros y

nosotros hay una diferencia tan grande como puede haberla entre un ave y un pez. Vosotros no habéis llegado más que a entreabrir las puertas de las estrellas, y ya os consideráis dioses. En realidad, sois como larvas que se arrastran, mientras que nosotros hemos llegado a ser gacelas que corren ligeras.

«Puedo escudriñar vuestros pensamientos y leer en ellos como si lo hiciera en un viejo libro. Sois como niños delante de sabios ancianos.

»¿Qué representa vivir mil años? Tenemos vulgares «odayas» que tienen mil veces más edad que vosotros. Por eso somos una raza tan grande. Nacen billones de «odayas» a cada segundo que transcurre en nuestra galaxia. Y ese crecimiento continuará progresivamente… ¡siempre! Y no por ello llegaremos a invadir las galaxias del universo. Eso no sucederá jamás, porque no existe un solo universo, sino que hay infinidad de ellos.

»Ésa es la grandeza de la Creación. Cuanto más sabe el hombre, más adelanta, con mayor admiración contempla la increíble obra de Dios. Ahí está todo.

»Eso es lo que deseaba decirte. Haz, pues, que tu nave se pose cerca de la ciudad donde mora Todyl Arkmo. Ella te señalará el sitio. Luego, la acompañaréis a la estación de transmisión de materia, para que cada uno de vosotros sea teleportado al lugar que le corresponde, como huésped de un hijo de Andro.

»Se os practicará la «oxiastenia» y se os alimentará para que el ambiente no os dañe. Nada temáis. Se os tratará como a huéspedes de honor y se os darán enseñanzas que luego debéis transmitir a vuestros semejantes.

«Debéis aprender cuanto aquí veáis. Nosotros nos regimos por unas leyes que controlo yo mismo, desde Miver. Tú, Luis Colman, serás mi huésped, por ser el jefe de esa nave. Tu hijo Junk será huésped de Todyl Arkmo, a la que debe una reparación moral.

»Tu esposa será huésped de un hijo de Andro. Nada temas y que tu conciencia quede tranquila. Nadie la ofenderá. Existen diferencias notables, de evolución biológica, entre nosotros, propias del ambiente en que nos hemos desarrollado.

»Sé que el contacto de nuestros genes hereditarios nos crearía problemas. Nuestra sociedad está constituida por estados sociológicos inalterables. La propiedad es común. Yo soy el responsable. De mí dependen todos los demás. Así es siempre. Soy el más viejo. Cuando yo muera, dentro de millones de siglos, me sucederá el más viejo de los hijos de Andro, el más sabio.

»Y siempre habrán «sumas» para alumbrar hijos de Andro, en

escaso número, pero perfectamente controlados, y para traer a nuestros mundos vestales y «odayas» obreras, porque el progreso no se detiene.

«Hemos de crear alimentos, viviendas, escuelas, fábricas. Y siempre es mayor el crecimiento. Muchos de los mundos desiertos que habéis explorado, pronto estarán colonizados. Hay que extraer vida de todos ellos, metales, energía.

»Como tu hijo Junk ha dicho, somos una inmensa colmena y todos estamos unidos entre sí por un fluido vital que llamamos «psicomagnetismo». Y controlar un quintillón de seres no es nada fácil.

Luis Colman estaba atónito.

Capítulo V

Junk sirvió de guía, por orden de su padre, para mostrar el interior de la astronave fotónica a Todyl Arkmo. Y, uno a uno, Junk fue presentando a todos los miembros de la tripulación y explicando cuál era su misión a bordo.

Todyl poseía una inteligencia sagaz. Miraba a los ojos a todos, sonreía y escuchaba las explicaciones de Junk. Ella no hacía comparaciones y se limitaba a breves comentarios.

Sin embargo, se interesó vivamente por los trabajos que se realizaban en el laboratorio de metapsíquica y parapsicología, dirigido por el doctor Klam.

— Aquí se investiga todo lo sobrenatural —dijo Junk, sonriendo.

Todyl Arkmo quedó inmediatamente interesada en el tema.

— ¿Qué quieres decir con eso? ,

Fue Klam quien explicó:

— Junk ha querido decir que estudiamos fenómenos de origen sobrenatural. Todo lo que la ciencia no ha aceptado como lógico, por desconocimiento del fenómeno mismo.

«Nosotros hemos descubierto cosas que antes se rechazaban como imposibles, como fueron la hipnosis, la telepatía, la clarividencia, la precognición, etc. Todos eran fenómenos relacionados con la psiquis.

Ignorábamos que los poderes mentales del hombre poseían dos estados bien delimitados, como son el consciente y el inconsciente, y que ambos se atraen y se repelen como los polos de la electricidad.

— ¿Podéis conocer el futuro? —preguntó Todyl.

— En cierto modo, sí — afirmó Klam.

— Nosotros también lo conocemos sin recurrir a métodos científicos. Sabemos que la continuidad de todo forma parte del orden programado. Eso quiere decir que no tenemos imprevistos. El futuro será igualmente el pasado.

Junk se creyó en la necesidad de intervenir, diciendo:

— Vosotros no podíais saber que esta nave iba a llegar.

— No, por supuesto. Es una causa externa, ajena a nosotros. Pero yo puedo decirte lo que hará mañana cualquiera de las «odayas» de Kormol.

Una sonrisa distendió los labios de Klam.

— Un programa no es adivinación. Siempre hay imprevistos.

Nosotros mismos somos un imprevisto en vuestras vidas.

— No, sois la causa externa. Todo lo demás seguirá igual en la galaxia. Sois una gota de agua añadida al océano universal. Nada se altera.

»Yo, por ejemplo, había recibido instrucciones y debía actuar de acuerdo con ellas. Junk, por su cuenta, optó por traerme aquí. Se modificó el programa. Pero nada ha ocurrido.

— Esto es distinto —habló Klam, sintiéndose seguro de sí mismo —. Aquí tratamos de conocer los imprevistos.

— Todyl no admite la existencia del tiempo.

— Eso son conceptos filosóficos. Pero nosotros no podemos estar de acuerdo con ellos. Sabemos que la medida del tiempo varía según las condiciones. Aquí, en la «Sustra-Kamac», realizamos esa experiencia en la primera fase del viaje. Perdimos la noción del tiempo. Pero el reloj atómico continuó marchando.

«¿Quieres someterte a una prueba, Todyl Arkmo?

La mujer de Kormol quedó sorprendida.

— ¿De qué tipo?

— Un sencillo «test» psicológico, con hipnosis. Nos gustaría saber qué hay de semejanza entre nosotros y tú.

Todyl miró a Junk.

— ¿Crees que debo...?

— Sería interesante.

— Está bien. Hagamos esa prueba. ¿Qué debo hacer?

El doctor Klam y sus tres ayudantes se entusiasmaron rápidamente.

— Tienes que sentarte aquí, ante este modulador de frecuencia ultrasónica, y relajarte. Por favor, no temas. Averiguaremos tu coeficiente intelectual, tu equilibrio psíquico y todo lo que nos sea posible saber. Todo quedará grabado en estas placas. Podrás conocer lo que nos hayas dicho en estado hipnótico.

Todyl Arkmo no dudó. Se sentó donde le indicaron y se relajó, hasta quedar dormida. Inmediatamente, Klam manipuló los mandos del modulador y envolvió el campo magnético cerebral de Todyl, para concentrar impresiones anímicas.

Luego, preguntó:

— ¿Cómo te sientes?

— Bien... Estoy tranquila... Sé que es una prueba.

— ¿Qué opinión tienes de nosotros?

— Buena. Es interesante conocer seres que vienen de otro mundo distinto. Estoy emocionada. Junk Colman es apuesto y me agrada verle. Tuve miedo por él. Pero me equivoqué, porque

Apkran es muy sabio.

— ¿Por qué te gusta Junk? —preguntó Klam deliberadamente.

— No lo sé.

— ¿Te sientes mujer ante él?

— Soy mujer. Pero no estoy habituada al trato con seres distintos.

— ¿Consideras a Junk Colman distinto a ti?

— Sí, muy distinto.

— ¿Físicamente?

— ¿Por qué no cambias de tema, Klam? — preguntó Junk, en voz baja.

El otro le hizo un gesto evasivo e insistió:

— ¿En qué es distinto Junk a ti?

— Su organismo está adaptado a otro medio. El mío es de vestal. Soy coordinadora de programas de realización, como Ikai Otimar y Akara Tama. Sé dirigir «odayas», construir ciudades... No sé cómo explicar mis sentimientos hacia Junk. He captado sus impresiones. Le he gustado. Él ve en mí a una mujer, y no lo soy. Esto es confuso y singular. Siento como si existiera dentro de mi mente una inquietud anormal.

— ¿Lo llamarías atracción pseudofísica?

— No lo sé. Al comprender los sentimientos que brotan en vuestras mentes, me desconcierto. Observé que Edith Roff se avergonzaba de estar cubierta con una sábana, junto a Junk. Sin embargo, Edith anhelaba que Junk se acercase a ella.

Junk enrojeció al escuchar esto y exclamó:

— ¡Ya basta, Klam!

Todyl, que no escuchaba nada, continuó:

— Yo no he sentido jamás nada igual. Pero comprendo que es lógico, puesto que sólo he tenido contactos con «odayas». Supongo que una mujer «suma» debe ser más parecida a vosotros.

»Eso me desconcierta. Vosotros podéis amar y tener hijos, no importa cuál sea vuestra condición. Sois más diversos. Y me pregunto por qué hemos perdido nosotros esa facultad sensitiva, dado que poseemos un origen común.

—Vosotros habéis evolucionado en un sentido social más amplio y uniforme. Si aceptamos que somos la misma raza, en vuestro mundo se han establecido leyes sociales que la continuidad ha convertido en natural.

«Ahora, es posible que haya diferencias notables en vuestro organismo, y de ahí la condición de vestal u realizadora de programas.

»No creo que fuese posible hacer de ti una «suma» capaz de engendrar centenares de hijos.

Era Junk el que hablaba, mirando a Todyl. Klam y sus ayudantes se habían quedado con la boca abierta, escuchando.

— Sin embargo, Todyl Arkmo — siguió diciendo Junk—, quiero decirte que te encuentro muy bonita. Esto ya es suficiente para que se establezca una corriente telepática de simpatía que, de encontrar eco en tus sentimientos, provocaría el acercamiento entre tú y yo.

»Y me gustaría comprobar el resultado consecuente de una experiencia semejante, suponiendo que ello sea posible.

Mientras hablaba, Junk se había ido acercando a Todyl. Y, de pronto, se inclinó sobre ella y la besó en los labios, ante el estupor de Klam y sus colaboradores.

La hipnotizada se agitó, emitió un grito ahogado y se despertó inmediatamente.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mirando a Junk, que sonreía ante ella.

— Nada… ¡Te ha besado un ««homo stelaris»!

* * *

Después del incidente en el laboratorio del doctor Klam, y tras haber escuchado Todyl todo cuanto había quedado grabado, continuaron visitando las dependencias de la astronave.

Ahora, sin reticencias, Todyl Arkmo había tomado el brazo de Junk, y caminaba con él alegremente, con un brillo inusitado en sus ojos, mirando con frecuencia a su guía.

— Me agrada que sientas afecto por mí —dijo ella—. Es como si descubriera, de pronto, que existe algo maravilloso en mi existencia. No obstante, sé que sólo podemos ser amigos. Has sido designado como mi huésped, en Kormol, y debo tratarte como a tal. Por tanto, soy una «odaya» para ti.

Junk sonrió también.

— Eres muy bonita, Todyl. Lástima que no seas como mi madre o como Eugene.

Él pronunció este nombre porque, en aquel instaste, se encontraban ante la entrada del departamento de alimentación de la «Sustra-Kamac», y porque, desde niño, la que fuera esposa de Yan-Kuang, le había demostrado un afecto especial.

Eugene se encontraba ordenando las cosas en su despacho. Había recibido la orden de prepararse para desembarcar en Kormol y quería tenerlo todo en orden.

La puerta se abrió y aparecieron Junk y Todyl Arkmo.

— ¿Podemos entrar, Eugene? —preguntó él.

Eugene no respondió. Su semblante se había ensombrecido al ver a Todyl, a la que no conocía aún. Pero la causa era que ella iba a agarrada al brazo de Junk.

— No sé si tendré tiempo de enseñar a Todyl cómo obtenemos los alimentos —dijo Junk—. ¿No quieres que echemos un vistazo al invernadero? A Todyl le agradará ver las flores.

Eugene dejó un analizador de humedad sobre la mesa.

— Me has sorprendido, Junk... No creí que esta mujer fuera... así.

— ¿Esperabas un ser fantástico, de piel escamosa y verde, un solo ojo y garfios en vez de dedos?... Ésta es Eugene Gallard, Todyl, la encargada de reponer nuestras energías.

También Todyl miraba a Eugene con interés, como tratando de leer en su mente. De pronto, se desprendió del brazo de Junk y retrocedió.

— Vámonos, Junk — dijo, casi con apresuramiento.

— ¿Qué te ocurre?

Todyl no contestó. Dio media vuelta y abandonó el despacho de Eugene, saliendo al pasillo exterior, seguida del sorprendido Junk.

— Espera. No has debido portarte así.

— ¡He sentido algo extraño en esa mujer! — contestó Todyl.

— ¿Extraño? Es como todos nosotros.

— No. De su mente surgen ondas nocivas. No quiero volver a verla. ¡ Me daña, me confunde!

Junk, alarmado, retuvo a Todyl y volvió la cabeza hacia el departamento de alimentación.

— Eugene Gallard no puede desearte ningún daño.

— ¡Te equivocas! Es distinta a los demás. Yo comprendo muy bien. Contigo me siento bien. Estoy contenta y soy feliz. Todos los hombres y mujeres que he visto me han producido mayor o menor efecto grato.

»Pero en la mirada y en los pensamientos de esa mujer hay odio, daño, resentimiento. ¿Me comprendes? Vamos a ver a tu padre. Debo indicarle el lugar dónde debe posar la nave... ¡Debes alejarte de esa mujer, Junk!

El joven estaba pensando en lo que había oído decir a su madre acerca de Eugene Gallard, y los incidentes que tuvieron lugar en la astronave, a poco de iniciarse el viaje sideral. Todo aquello estaba escrito en las crónicas de a bordo. Pero también era cierto que ocurrió mucho tiempo atrás y que el comité de corrección ya actuó, sentenciando a Eugene Gallard a un breve período de encierro.

Desde entonces, el comportamiento de la ex esposa de Yan-Kuang había sido ejemplar y digno.

— ¿Qué te ha parecido la nave? —preguntó Luis Colman, cuando llegaron a la cabina de dirección.

— Muy interesante. Hay cosas que deberíamos estudiar a fondo. Creo que podéis enseñamos algo.

— ¡Oh, eso sería un honor para nosotros! —replicó Luis, con delicadeza—. Cambiaré impresiones con Apkran respecto a eso. Ahora es conveniente que nos indiques dónde podemos aterrizar. Señálame la posición en la pantalla.

Todyl se acercó al recuadro luminoso y situó el dedo sobre un terreno liso y pavimentado, próximo a la población que aparecía en el centro de la pantalla.

— Aquí.

— Todyl ha tenido un incidente con Eugene Gallard — habló Junk, en voz baja, al oído de su padre.

Luis pareció no escuchar y dio las órdenes convenientes para realizar el aterrizaje. Luego, abandonó la cabina y salió en compañía de su hijo y de Todyl.

— Ariana quería verte, Todyl —dijo Luis—. Te acompañaré a nuestra cámara.

Después, cuando padre e hijo quedaron solos, habiendo dejado a Todyl con Ariana, Luis preguntó:

— ¿Qué ha ocurrido con Eugene?

Junk explicó el incidente y el jefe de la «Sustra-Kamac» quedó pensativo y perplejo.

— No lo comprendo. Hace mucho tiempo que Eugene se porta correctamente. Sin embargo, es singular que la mente de Todyl haya captado esa impresión de ella. ¿Nos habremos equivocado con Eugene?

— Yo siempre la he apreciado, papá. Me ha parecido una mujer solitaria y triste, a la que la suerte no ha acompañado.

— Hablaré con Todyl Arkmo —dijo Luis en tono serio—. Deseo saber lo que ha captado en Eugene. Al mismo tiempo, me permitirá conocer mejor a una vestal. Estoy muy preocupado por el paso que vamos a dar.

— ¿A qué te refieres, papá?

— Apkran quiere separarnos. Aparentemente, pretende que cada uno de nosotros seamos huéspedes de los personajes importantes. Yo quiero creer en su buena intención.

»Pero ¿y si pretenden separarnos para no volvernos a unir jamás en la vida?

Junk frunció el ceño.

— ¿Por qué? ¿Somos una amenaza para ellos?

— No lo sé. En caso desesperado, podríamos ocasionar un cataclismo galáctico. Apkran debe saberlo. Nadie lo ha mencionado, pero es real.

— Es mejor que hables con Todyl, papá. Y hazlo antes de que abandonemos la nave.

Luis apretó el brazo de su hijo firmemente, y dio media vuelta, regresando a la cabina, donde Ariana mostraba a Todyl una proyección familiar, en la que aparecía Junk a los pocos meses. Estas imágenes agradaban a Todyl Arkmo.

— Siento interrumpir — dijo Luis al acercarse —. ¿Te importa que te haga una pregunta, Todyl?

— Oh, no; tendré mucho gusto en contestarte.

— ¿Qué te ha ocurrido con Eugene Gallard?

El semblante de Todyl pareció sufrir una transformación. Sin embargo, replicó noblemente.

— Esa mujer me odia.

—¿Por qué?

— Creo que es por culpa de Junk.

— ¿Y qué tiene que ver Junk con eso?

Antes de contestar, Todyl pareció reflexionar. Luego expuso;

— He creído comprender que Eugene Gallard se siente atraída hacia Junk. Al verme con él, en sus sentimientos se produjo una repulsión instintiva. He comprendido que en ella existe una fuerte pasión, dominada largo tiempo por una gran fuerza de voluntad, y que centra en torno a Junk un amor posesivo y profundo.

Ariana contuvo el aliento al escuchar esto, a la vez que miraba desesperadamente a su esposo. Luis, por el contrario, frío y sereno, inquirió:

— ¿Has sabido eso con sólo ver a Eugene?

— Sí. La fuerza mental del odio y el afecto me causa impresión. No puedo evitarlo.

— Eugene estuvo enamorada de mí — dijo Luis, en tono grave —. Es posible que ese amor se haya trasladado a mi hijo Junk, por su gran parecido conmigo.

— No es posible —rectificó Todyl—. Es cierto.

— ¿Y crees que es malo eso?

— Hacia mí dirigía odio.

— ¿Tú no eres capaz de odiar, Todyl?

— No. Soy un instrumento de Apkran.

— ¿Y no puedes causarnos daño?

— No, si Apkran no me lo ordena.

— ¿Y si te lo ordena?

— Por supuesto, lo haré.

— ¿Crees que nosotros representamos un peligro para vuestra raza?

Todyl negó con la cabeza y dijo:

— No. Si fuerais un peligro, Apkran os habría destruido antes de llegar a Kormol.

—¿Y no crees que nos ha dejado venir para conocernos mejor, pensando que, detrás de nosotros, pueden venir otras naves?

— Yo no sé lo que han acordado Apkran y los hijos de Andro. Pero si por mi boca ha hablado y os ha invitado, nada debes temer.

Luis Colman era sagaz e inteligente. Lo había demostrado en muchas ocasiones... ¡Y sabía que Todyl Arkmo era más inteligente que él!

Capítulo VI

— La «oxiestomía» consiste, sencillamente, en reducir a un noventa por ciento la inhalación de oxígeno exterior. Nuestra cirugía está muy adelantada y realizamos esa operación a casi todos los niños que nacen en nuestra galaxia, dada las condiciones atmosféricas de los mundos en que vivimos.

»El oxígeno hace tiempo que se acabó en estado natural. Nosotros lo necesitamos para la purificación de la sangre, y por eso lo tomamos en la alimentación, haciendo acopio de él para bastante tiempo, como el calcio, los hidratos y las vitaminas.

Esta explicación la dio Todyl Arkmo en una sala, profusamente iluminada, donde unas veinte mujeres «odayas», situadas delante de mesas de operaciones, se preparaban para operar a todos los terrestres, antes de ser enviados a los distintos mundos, por medio de la transmisión de energía.

Luis Colman no sentía ninguna prevención contra esta medida. Al contrario, la consideró conveniente. Ir siempre provistos del traje de vacío era un engorro. Además, Todyl había aclarado sus temores, al añadir:

— Con la «oxiestomía» se puede vivir también dentro de una atmósfera oxigenada. O sea, que no se perjudica al organismo, sino que se le mejora. Si volvieran a su planeta todos esos seres, no tendrían inconveniente alguno en respirar con toda normalidad.

»En cambio, en atmósferas enrarecidas o venenosas, vosotros seréis inmunes a la asfixia. ¿Has comprendido?

Luis asintió. Después, pudo presenciar algunas operaciones que las «odayas» cirujanas realizaban con singular maestría, practicando un pequeño agujero en el pecho, por donde introducían un aparato en forma de aguja neumática. Luego, extraían la sonda, cauterizaban la piel, y el operado era conducido a otra litera, donde se recuperaba de los efectos de la anestesia.

Esto fue lo primero que hicieron a todos los tripulantes de la «Sustra-Kamac», sin excepción. Nada más salir de la nave, provistos de trajes de vacío y escafandras, fueron conducidos hasta el subsuelo de la ciudad, donde realizaron la masiva operación en poco tiempo.

También encontraron allí a Peer Cushing, Ian Jansky, su hijo Valenki, Edith Roff y Sonia Onelli. Todos explicaron que habían sido bien tratados y que la vestal Akara Tama les mostró los lugares

más sobresalientes de la futura colonia de Kormol, que casi estaba terminada para que fuese habitada por sus futuros pobladores.

Todyl Arkmo, por su parte, llevó a Junk a una rara sala, de metal blanco, donde había unas curiosas instalaciones de energía electromagnética. Para llegar hasta allí, utilizaron un vehículo parecido a un pequeño tren que se movía a unos centímetros del suelo, por magnetismo.

— Ésta es la sala de transmisiones de energía. Esto fue lo primero que construimos, cuando llegamos a Kormol. Se hallaba a nivel del suelo. La primera fase de teleportación se realizó por impulsión directa, sin focos de recepción. La técnica es muy complicada. Pero en esencia es como enviar ondas de materia al espacio y reintegrarla donde convenga. Se produce un gran desgaste y hasta puede atentarse contra los organismos vivos, porque el choque de las células contra los iones es muy violento a pesar de las precauciones que se toman.

»Una vez tenemos aquí a los técnicos y el material, enviados por impulsión directa, se instalan los focos de recepción. Entonces ya se puede enviar material y mano de obra sin peligro. Llegamos también nosotras con los programas y empieza a construirse. Los materiales se envían directamente de las fábricas y las «odayas» van llegando a medida que se las necesita.

»Ahora, disponemos de conexiones múltiples, o sea que podemos recibir materia de casi todos los lugares de Andrómeda, así como expedir por nosotros mismos lo que tengamos aquí. No hace mucho, enviamos a Miver mil toneladas de titanio, para renovación de pavimentos. En pocos minutos estuvo todo el material allí.

— ¿Cómo funciona esto? —preguntó Junk.

— Es muy sencillo. La materia es desintegrada por medio de la energía electromagnética y enviada, como ondas de radio, al selector de recepción, previamente establecido. Allí la reciben y se produce el mismo efecto, pero a la inversa, o sea que la energía electromagnética recibida se convierte en materia de la misma homogeneidad que fue enviada. No se pierde ni un átomo durante el transporte, ni se integra de modo distinto a como fue desintegrada.

»Este procedimiento es prácticamente instantáneo, dado que se realiza a la velocidad de la luz. La persona que es desintegrada aquí y enviada a Miver, por ejemplo, aparece allí casi en el mismo instante, porque los receptores «captan» la onda y están «succionando», que es lo mismo que establecer un puente acelerado, puesto que la distancia entre Kormol y Miver es de cinco años luz.

— ¡Increíble! ¿Entonces viajáis a velocidades hiperlumínicas?

— Es que existen estaciones intermedias, de «rebote» — explicó Todyl—. Ahí es donde se produce la aceleración lumínica. La comunicación es instantánea.

»El objeto se coloca bajo los focos de recepción, se conecta el envío y se dispara. El aviso de recepción llega instantáneamente y se refleja en las pantallas da visión esférica que tenemos frente al control.

»Ahora, volvamos con tus compañeros. Ya puede iniciarse el envío a los puntos señalados por Apkran.

* * *

Fue impresionante para Junk, el cual debía permanecer en Kormol, ver como todos sus compañeros de navegación, uno por uno, se situaban bajo los focos de recepción, parecían recibir una intensa descarga eléctrica y luego se volatilizaban instantáneamente. En el acto, aparecían en el interior de las pantallas esféricas de visión a distancia, siendo recibidos por los exóticos hijos de Andro, que eran hombres altos, ataviados con trajes metálicos, exóticos, de los que serían huéspedes durante algún tiempo.

El primero en «partir» de aquel modo, para Miver, fue Luis Colman. Abrazó y besó a Ariana y luego repitió la misma operación con cada uno de sus dieciséis hijos. Junk fue el último.

Después, sonriente y tranquilo, fue a situarse bajo los focos. Todyl Arkmo estaba ante los mandos. Junk se situó junto a ella. Accionó la palanca y el jefe de la expedición desapareció, no sin que Junk sintiera un estremecimiento, que se disipó cuando vio a su padre, en la pantalla esférica, siendo recibido por el propio Apkran.

Después, todos los restantes miembros de la tripulación emprendieron el viaje. El último, cinco horas después del primero, fue Yan-Kuang. Eugene Gallard no se despidió de nadie. Sólo miró hacia Junk, de un modo extraño, y se situó bajo los focos de recepción.

Al desaparecer, Junk sintió como si una extraña opresión se hubiera aferrado a su pecho. Estaba inquieto desde el incidente de Todyl con Eugene, y la conversación que más tarde tuvo con su padre.

Los temores de una posible traición de Apkran parecían haberse disipado en Luis Colman. Pero en su hijo anidaba una sensación nefasta referente a Eugene.

Y de esto habló con Todyl, cuando, al fin, quedaron solos en la

sala de transmisión de energía electromagnética.

— ¿Dónde ha sido enviada Eugene?

— A Lund, con un hijo de Andro llamado Hiperio. Es un planeta muy bonito, que conserva muchas de sus antiguas montañas. Tiene ríos y lagos y se han respetado muchos de sus antiguos parques naturales.

— ¿Qué tienes contra Eugene, Todyl?

— Nada. ¿Por qué me haces esa pregunta?

— Por el modo como te comportaste cuando te la presenté.

— Ya te expliqué las razones. Me odiaba. Eso significa que te quiere. Es posesiva y reservada. Odia todo lo que pueda interponerse entre tú y ella.

— ¡Jamás me ha demostrado esos sentimientos! — exclamó Junk.

— Ella quiso primero a tu padre. Como no logró su propósito, en su subconsciente ha quedado grabado el deseo insatisfecho, que se ha reproducido en el hijo del hombre que amó.

— ¿Yo? ¡Pero si nos separan muchos años de edad! ¡Incluso entre nosotros, de vida longeva, se tiene en cuenta esa diferencia!

Todyl sonrió agradablemente.

— ¡Más diferencia de edad existe entre tú y yo!

— ¿Qué quieres decir?

— Nada. ¿Responde eso a lo que dijiste en el laboratorio de Klam?

— ¿Cómo...?

— Eres ingenuo, Junk. Klam no jugaba conmigo, sino que yo jugaba con él. Y me besaste porque yo quise conocer esa impresión. Confieso que me gustó.

— ¡ Eres sorprendente! ¿Por qué me dices todo eso?

— Eres mi huésped. Debo explicarte todo lo que sé, todo cuanto hay aquí. Posiblemente, Apkran hará que volváis a la Tierra, de algún modo.

Junk iba de sorpresa en sorpresa.

— ¿Volver a la Tierra?

— ¿Y por qué no? —exclamó Todyl—. Podemos llevaros allí en la época misma de vuestra salida. Claro que, en tal caso, tú no existirías. Podéis volver en la época real de ahora o en cualquier intermedio, para que la adaptación no sea penosa.

Junk, que tenía una pregunta en su mente desde hacía tiempo, creyó llegado el momento de hacerla.

— ¿Y no podemos quedamos aquí, adaptándonos a vuestra forma de ser?

Todyl tardó unos segundos en responder.

— No lo sé... Sinceramente, no lo sé. Creo que me gustaría mucho. Pero eso es cosa de Apkran. ¿Qué opinión tiene tu padre al respecto?

— Mi padre tiene por costumbre no expresar sus opiniones. Es consciente de la gran responsabilidad que pesa sobre él, como jefe de la expedición, y obra, a veces, de modo imprevisto y sorprendente, porque nosotros no conocemos las razones y fundamentos de sus trascendentales decisiones.

— Sí —admitió Todyl, mientras desconectaba los mandos del transmisor de energía—. He podido apreciar que tu padre es un hombre extraordinario, muy capaz y eficiente, seguro de sí mismo y consciente de esa responsabilidad que indicas.

»Ahora, volvamos a la sala de trabajo. Ikai Otirma y Akara Tama desean conocerte mejor. Parece que les has impresionado del mismo modo que a mí.

Junk sonrió.

A su regreso, observó que las «odayas» de las grandes salas circulares, donde parecían reunirse para disfrutar de sus momentos de ocio, no se hacinaban en torno a él, como la primera vez, sino que le observaban con mirada entre curiosa e indiferente. Parecía como si se hubieran habituado ya a verle, o como si hubieran recibido instrucciones de no molestar a los visitantes galácticos.

Las «odayas» eran criaturas femeninas de extraordinario parecido. Y esta impresión se la comunicó Junk a Todyl:

— ¿Por qué son todas iguales? ¿Es que no existe diferencia genética?

— Hay ligeras diferencias entre unas y otras, por supuesto, aunque tú no puedas apreciarlo. Muchas de ellas son hijas de la misma «suma» y del mismo hijo de Andro. Otras, no. Sin embargo, la aclimatación, la alimentación y el desarrollo se han producido en todas por igual. Como no envejecen, a partir de la edad adulta, todas ofrecen el mismo aspecto. El «sopok» que visten también colabora a la uniformidad. Si las hubieras tratado, como yo, notarías la diferencia.

— ¿Son mujeres de condición inferior? —se atrevió a preguntar Junk.

— No, desde luego que no. Son seres preparados para determinados trabajos. Especialistas en una materia determinada, para lo cual han sido preparadas. Dada su larga experiencia, realizan su tarea a la perfección.

— ¿Y no llevan una vida monótona?

— Puede ser. Sin embargo, son dóciles y eficientes. Aquí no impera el individualismo, como entre vosotros, cuyo progreso parece estar basado en el instinto de superación con el fin de ser distintos de los demás.

»La uniformidad, la estricta igualdad y la obediencia son los fundamentos de nuestra raza. En la antigüedad, nuestros antepasados eran como vosotros, más o menos. Se conocieron todas las formas posibles de sistemas sociales, desde la organización tribal hasta las afinidades profesionales. Incluso llegó a dividirse nuestra humanidad en dos sexos opuestos, separándose los hombres de las mujeres.

— ¿Y qué ocurrió? —quiso saber Junk, interesado.

— Estuvimos a punto de extinguirnos. Por suerte, se produjo una reconciliación y se continuó la propagación de la especie. Luego, al avanzar tecnológicamente, se impusieron otros sistemas.

»El actual, que data de hace muchos siglos, cuando todavía se computaba el tiempo, se impuso por ley de selección. Se llegó al convencimiento de que la mujer, físicamente, era más perfecta que el hombre. Y como no se requería un gran esfuerzo físico, dado el avance de la técnica, se controló el nacimiento hasta llegar a dominar la sexología.

»Se eligieron varones excepcionales y se dejaron extinguir a los menos robustos. Esta selección nos ha permitido crear una raza nueva y perfecta, que se va extendiendo paulatinamente por toda la galaxia.

Junk hubo de admitir que la evolución en Andrómeda había sido perfecta. Y, como algunos sabios entomólogos, dijo:

— Una perfecta organización, como la de las abejas.

— Tendrás que explicarme bien lo que son las abejas, Junk.

— Primero quisiera comer algo. Mi estómago me pide alimentos. Hace no sé cuánto tiempo que no como.

Todyl sonrió y repuso:

— Vamos a nuestro alojamiento. Comeremos con mis compañeras.

La mansión de las tres vestales de Kormol se hallaba en un edificio situado en la plaza de la Torre Sideral, como se llamaba el lugar que Junk había clasificado como el de la Estrella de Salomón. Subieron hasta un piso alto, utilizando uno de los ascensores magnéticos. Ikai Otirma y Akara Tarna, que se habían cambiado de ropa y vestían algo parecido a uniformes plateados, los esperaban.

Las dos camaradas de Todyl parecían estar enteradas de cuanto había sucedido. Acogieron a Junk como a un íntimo amigo y le

ayudaron a sentirse a gusto, ofreciéndole un baño de agua tibia y perfumada, ropas suaves y zapatos cómodos y flexibles.

Después, le llevaron a una mesa donde aparecían numerosos manjares que hicieron abrir los ojos de Junk.

— ¿Qué es todo esto? —preguntó, sorprendido—. ¿Pescado? ¿Carne? ¿Frutas? Pero ¿dónde estoy?

— Lo hemos recibido de Miver. Se traía de un regalo de Apkran —respondió Todyl—. A nosotras no nos preocupa el aspecto de los alimentos que ingerimos, mientras sea adecuado a nuestra dieta. En esta ocasión, no obstante, estamos autorizadas a ingerir esta clase de alimento, llamado «natural», en honor de nuestro huésped.

— Os confieso que yo tampoco estoy habituado a esto. Pero mi organismo se alegra de modo extraordinario y haré buen acopio de cuanto habéis preparado para mí.

Efectivamente, Junk Colman comió en abundancia, saboreando los diferentes manjares y sintiéndose, al concluir, agradablemente adormecido. Pidió permiso para descansar y Todyl le acompañó a una estancia, donde había un amplio lecho, de forma ovalada, en el que le ayudó a tenderse.

Cuando iba a retirarse, Junk le pidió:

— Todyl, quédate un rato conmigo. Me gustas.

Ella no respondió. Se lo quedó mirando unos segundos y, después, se acercó a él lentamente. En su hermoso semblante se adivinaba una inefable expresión de ternura.

Capítulo VII

Luis Colman examinó las paredes transparentes de la estancia en donde había sido conducido por Apkran, y que tenía una vaga semejanza con un gran acuario. Los muros de cristal o de un metal vítreo parecían proteger una decoración submarina, sumamente bella, formada por extrañas plantas, de hermosos colores, pero sin un solo pez. El agua tampoco existía.

Apkran le explicó:

— Es la flora primitiva de Miver y ya ha desaparecido totalmente. Pero me gusta conservar la mayoría de las especies. ¿Te imaginas un planeta cubierto por esos maravillosos vegetales y minerales?

»Hubo un tiempo en que mis antepasados vivieron rodeados de todo eso.

— ¿Había animales? —preguntó Luis.

— Sí, por supuesto. Conservamos sus especies en lugares adecuados. Nosotros no somos salvajes.

— Disculpa, Apkran. No debí hacerte esa pregunta.

El anciano sonrió y se dirigió a una litera, junto a una mesa de piedra, donde había jarrones en forma de ánforas, vasos de varios colores y dibujos, y fuentes con frutas exóticas.

— Sentémonos aquí — propuso —. Estaremos cómodos y relajados. Si quieres que te diga la verdad, sentí una gran emoción cuando me enteré de vuestra llegada.

»No os consideramos extraños en Andrómeda. Sois parte de nosotros mismos, una continuidad separada del tronco central, aunque nos distancien diferencias evolutivas y raciales, pero no biológicas. Nosotros somos, por así decirlo, vuestros antepasados.

»Durante siglos, las naves de Andrómeda visitaron vuestro hermoso planeta. Llegamos allí cuando ya estaba habitado por seres primitivos, ignorantes y zafios, a los que tuvimos que inocular virus genético intelectual, enseñar el fuego y la agricultura, y al que estuvimos «educando» durante muchas generaciones.

»Llegados a su mayoría de edad, por decirlo de algún modo, los dejamos desarrollar su propio destino. Debo confesar que mis antepasados no actuaron debidamente en ello. No sé si fue culpa suya o les obligaron las circunstancias.

»Por aquellos tiempos, seres procedentes de una galaxia, que ya se considera extinguida, habían explorado también vuestro mundo,

en busca de materia para sus casi agotados planetas. Tuvimos que expulsarlos y nos enfrentamos con ellos en una contienda que vuestros antepasados interpretaron como una lucha entre nosotros mismos.

Del cielo recibían la luz y del cielo llegamos nosotros. Nos creían dioses y no podían comprender que peleáramos entre sí. Expulsamos a los «siroyas», que no podían mantenerse tan lejos de su mundo, pero a los ojos de los primitivos terrestres la guerra fue considerada como un medio de progreso.

— Perdona, Apkran — atajó Luis —. El motivo principal de la expedición que dirijo es averiguar cuál es nuestro primitivo origen. Ya conozco la respuesta, porque he tenido tiempo suficiente para estudiarlo y comprobarlo, pero me gustaría escuchar la confirmación de tus propios labios.

— Sí, Luis. El hombre, el androide o antropoide, a cuya especie pertenecemos nosotros, fue obra de Dios. La Vida es obra del Creador, en todas sus múltiples especies, y en todas partes. El error estaba en creer que sólo se había producido en un mundo, o en un sistema. La vida es universal, cósmica. Se ha ido extendiendo de una constelación a otra.

»Lo que ocurre es que, como los mundos mueren, todo muere, si no pronto, tarde, la vida necesitaba continuar. Y para conseguirlo, buscaba siempre medios de traslación y se instalaba en mundos adecuados, donde poder subsistir y desarrollarse.

»Así ha ocurrido siempre. Y así sucederá, incluso cuando todos nosotros hayamos desaparecido.

— ¿Teméis desaparecer alguna vez? —preguntó Luis—. Yo creí que habíais logrado ya la inmortalidad total.

En las decrépitas facciones del sabio Apkran apareció una expresión alegre.

— ¿Inmortalidad? ¡Qué más quisiéramos! Vivimos muchísimo. Y hasta hemos rechazado filosóficamente el concepto de tiempo reducido. Pero ¿qué son cien mil años? ¿Qué es un millón de años? Hemos pautado con la muerte, no como individuos, sino como raza. Así, yo puedo vivir todo el tiempo que quiera. Pero no dejaré de irme consumiendo. Y, como los mundos, como las galaxias, como todo, algún día desapareceré.

«Mientras, tú habrás muerto antes. Habrán muerto tus hijos y tus nietos… Y llegará un día en que, comparando vuestra existencia con un reloj atómico, que es una invención del hombre, veréis que desde vuestro nacimiento a vuestra muerte han podido transcurrir las mismas horas de vida que tengo yo.

»¿Y qué, Luis Colman? Por otra parte, ¿crees que con vivir más, soy superior a ti? No hay nada ni nadie superior a otro. Hasta la larva que se arrastra y que se la desprecia por ser de especie diferente, es igual al todo.

»Tú has venido a buscar el origen de tu raza, puedo decirte que Dios nos hizo muy distintos a como somos ahora, porque también nos hizo evolutivos. Lo único que has averiguado es que la dimensión del tiempo es tan dilatada como el espacio mismo, que no hay principio ni fin, que nada empezó ni nada terminará, puesto que siempre ha existido todo, dado que sólo se transforma la materia en vida y la vida en inteligencia. Luego... Bueno, querido amigo, lo que viene después, cuando la vida se extingue y sólo queda la inteligencia, no lo sabremos en esta dimensión nuestra.

»Tu origen es el mismo que el mío, aunque hayas nacido en la Tierra y yo en Miver. Hemos tenido contactos anteriores y los volveremos a tener, posiblemente, en el futuro. Incluso podemos fusionamos y seguir juntos el azaroso destino de la vida. ¿Quién sabe? Nadie puede contener el progreso. Los padres, cumplida su misión, corta o larga, dejan el puesto a sus hijos. Se produce el relevo que es la continuidad. Luego, lentamente o por mutaciones, se produce el cambio. Por esto no somos iguales que los primeros seres que poblaron nuestros respectivos mundos, dado que tampoco los mundos son iguales, y lo que servía a ellos no nos sirve a nosotros.

Luis Colman asintió. Había gran verdad en las palabras del hombre que era más sabio que él.

— Yo conozco tus pensamientos, Luis Colman. Las ondas psíquicas de tu mente, llegan a mí con claridad. Sé lo que piensas sin que hables. No te sorprendas, pero es que yo he vivido más que tú y, por tanto, he tenido ocasión de aprender más.

»Pero yo no lo sé todo. Yo no soy Dios. Soy como podrías ser tú si hubieras vivido tanto como yo y aprendido lo que me legaron mis antepasados. ¿Distinto? Sí, por eso soy distinto, pero semejante. Hay más humanidad en mí que en toda tu raza junta.

»Yo no he estado en la Tierra, porque no he tenido ocasión. Pude haberlo hecho con facilidad. Ir al pasado es fácil, porque vosotros, aunque existís al mismo tiempo que nosotros, estáis en el pasado comparativamente nuestro.

»Pero en otro lugar puede haber alguien para el que yo sea lo que tú eres para mí. Y no te menosprecio, Luis Colman, entiéndeme. Tú eres tan útil como yo. Un padre necesita a un hijo.

»Lo demás carece de importancia, es superfluo. Hay seres que

quieren saber más allá de lo que les está permitido. Eso no ocurre a los sabios. El saber es un don de viejos, de experimentados, de inquietos. Más no todos están capacitados para saber.

»A vosotros os preocupaba saber quién hizo tal o cual cosa. ¿Y qué más da? Fue alguien. Sus motivos tendría. Los imitadores sólo tenían el sentido de la imitación, pero el fin primordial se había perdido.

»Como ejemplo, te señalaré el origen de vuestras antiguas pirámides que se alzaron, no como templos funerarios, sino como asideros de salvación y de supersticioso temor, en regiones llanas, donde se producían inundaciones.

»¿Qué hace el ser humano cuando suben las aguas de un río? Busca los lugares altos, las colinas, las montañas. El hombre teme a la muerte, que desconoce. El agua era un peligro en la antigüedad, porque había demasiada. Y de todo lo que hay en exceso surge el peligro. Los elementos naturales tienen una razón primordial de ser. Pero hasta que el hombre no ha aprendido a dominarlos, los teme.

»Las pirámides se imitaron luego, al llegar otros pueblos y quedar atónitos ante tanta grandeza, interpretándose mal su significado. Y para dar mayor realce político a la historia de ciertos gobernantes, se crearon las leyendas, afirmándose que tal personaje fue más célebre que otro, porque sus monumentos fueron más grandes. Nadie podía desmentir eso.

»La historia está escrita a conveniencia del modo de pensar de quien la escribe, y para el momento en que se escribe. La historia de un acontecimiento militar, por ejemplo, puede ser escrita de dos maneras diferentes y las dos ser verdad. Dos pueblos se enfrentan y luchan. Ambos ejércitos pierden gran número de hombres en la lucha. Los cronistas de ambos bandos se atribuyen la victoria, aportando datos y hechos que, al correr del tiempo, sirven de interés a los historiadores.

»El que aporta mayor cantidad de información habla más o grita más, parece tener razón. Y así ocurrió hasta que alguien empezó a revivir el pasado. Nosotros disponemos de métodos técnicos que nos permiten retroceder en el tiempo y conocer con exactitud lo que ocurrió en todas las épocas. Gracias a esto hemos desmitificado hechos, averiguado la verdad en todas partes y establecer una verdadera historia que está al alcance de cualquiera. Ya es imposible mentir. Sabemos lo que está pensando nuestro interlocutor. Si no hay engaño, no hay maldad. Y gracias a esto hemos podido progresar…

El destino había de asestar un terrible golpe al sabio Apkran,

para demostrar que no debía estar tan seguro de lo que decía. Y ocurrió casi en el mismo instante en que estaba disertando ante su huésped.

Se interrumpió, abrió los ojos, se le demudó el semblante y luego se puso rápidamente en pie.

— ¿Qué ocurre, Apkran? ¿Has descubierto en mi mente algún pensamiento maligno?

— ¡Algo horrible, Luis Colman! ¡Un coterráneo tuyo acaba de herir mortalmente a uno de los más prestigiosos hijo de Andro! ¡La señal me acaba de llegar de Lund! ¡Hiperio está sangrando a los pies de la mujer que le ha aplastado el cráneo con un objeto metálico!

— ¿Quién es esa mujer? —exclamó Luis Colman, poniéndose en pie.

— Se llama Eugene Gallard.

* * *

Una convulsión pareció agitar los mundos habitados de Andrómeda, al saberse la noticia de la muerte de Hiperio, ocurrida en su mansión de Lund, por la brutal e insensata acción de Eugene.

Las consecuencias de aquel acto criminal e irreflexivo podían ser incalculables, dado que todos los miembros de la expedición terrestre se encontraban diseminados entre más de dos mil planetas, en calidad de huéspedes y, por supuesto, sin ningún medio de contacto entre sí.

Ésta fue la razón por la que Luis Colman pidió a su anfitrión conocer la verdad de los hechos, alegando :

— Nosotros hemos aceptado vuestra invitación, dejando nuestra nave en Kormol y separándonos, de modo que ignoro ahora si Eugene Gallard es culpable o bien todos somos víctimas de un complot creado para eliminarnos.

»De todas formas, ninguno somos responsables de los actos que realice, individualmente, cualquiera de nosotros. Espero que no te enojes por cuanto digo. Estoy en mi derecho al desear conocer la verdad.

— Yo no he preparado ningún complot para destruiros —replicó Apkran, con dignidad—. Ignoro, además, lo que esa mujer se ha propuesto hacer, además del acto brutal e injustificable ya realizado. No puedo juzgar por mí mismo, sin conocerlo todo. Ni soy el más adecuado para hacerlo.

«Pero, a fin de alejar de ti toda sospecha, haré que esa mujer sea traída a nuestra presencia. Examinaremos lo acontecido, estudiaremos la verdad y después actuaremos según convenga.

»Yo no me precipito jamás en conclusiones rápidas e irreflexivas. Pero me doy cuenta de la gravedad del hecho.

— También yo me doy cuenta, Apkran. No es la primera vez que Eugene Gallard nos crea serios problemas.

— De momento, nuestra entrevista ha terminado. Las «odayas» te acompañarán a tu alojamiento. Puedes descansar, si lo deseas, o recorrer los aledaños de esta residencia. No eres un prisionero, sino un huésped. Pero debes ser prudente y no alejarte demasiado. Se va a crear una corriente adversa entre mis hermanos de raza, debido a ese acontecimiento desagradable, y no quisiera que ocurriera un nuevo percance.

— ¡Tampoco espero yo que nadie trate de vengarse en seres inocentes, Apkran!

El aludido no respondió. Hizo un gesto y en seguida llegaron cuatro «odayas», las cuales acompañaron a Luis hasta la sala en donde debía descansar y que estaba adornada con gran lujo de detalles.

Las «odayas» ayudaron a Luis a desvestirse, a lavarse, le ungieron con óleos y perfumes y luego le sirvieron un extraordinario banquete, en el que no faltaban los más delicados manjares y los vinos más refinados.

Después de comer, Luis se tendió a descansar y, más tarde, paseó por las terrazas de aquella especie de exótico palacio, hasta que una vestal fue a buscarle. Le dijo:

— Perdona, Luis. El sabio Apkran desea hablar de nuevo contigo. Te ruego que me acompañes hasta donde se encuentra.

— Sí. Vamos inmediatamente.

La vestal no condujo a Luis hasta el salón donde se había entrevistado por vez primera con Apkran, sino a una amplia sala, en cuyo centro había una gran mesa circular y ante la que se sentaba quince hombres, de llamativas ropas y rostros graves.

Apkran, con una túnica azul y plata, estaba sentado en un trono de titanio y, delante de él, metida en algo parecido a una campana de cristal, sentada en una butaca y con la cabeza abatida sobre el pecho, se encontraba Eugene Gallard.

Al ver allí a su compañera de expedición, Luis sintió formársele un nudo en la garganta. Sin embargo, no dijo nada y se sentó en el asiento que le indicó la vestal, frente a los quince hijos de Andro.

— Te he llamado para darte una demostración de honestidad, Luis Colman —dijo Apkran—. Ahí tienes a la mujer que llegó contigo de la Tierra. Sé que te ha proporcionado disgustos y sinsabores.

»La hemos traído de Lund para escuchar de sus labios lo que tenga que decir en su descargo. A nosotros, los aquí reunidos, y a ti también, que conoces mejor que nadie su conciencia, nos corresponde determinar cuál es su culpa.

»Ella no quiere hablar. Nos ha insultado y nos ha tratado de infames. Sabemos que Hiperio quiso obligarla a comportarse como una «suma», a lo cual no tenía derecho, dado que era su huésped. Pero Eugene Gallard tampoco lo tenía a empuñar un soporte metálico y golpear a su huésped hasta matarle.

— ¿Puedes oírme, Eugene? —preguntó Luis.

— Sí, puede oírte — dijo Apkran.

Sin embargo, Eugene no dio muestras de haberle oído. Luis tuvo que levantarse y dirigirse hacia la campana, para situarse frente a donde estaba sentada la mujer.

— Eugene, contesta. ¿Puedes oírme?

Ella levantó la cabeza. Parpadeó al reconocer a Luis, aunque su apagado semblante no se animó.

— Sí, te oigo, comandante Colman.

— ¿Por qué me llamas así? Antes me llamabas Luis. ¿Te han sugestionado?

— ¿Por qué no me dejas en paz de una vez, Luis? ¿Por qué habían de sugestionarme? ¿Qué te han dicho que he hecho?

— ¡Has matado a un hombre!

— ¡Aquello no era un hombre, sino un sapo baboso! — contestó Eugene, en tono de odio infinito—. ¡Yo no fui enviada a su mansión para servirle de capricho! ¡Antes me habría quitado la existencia!

— Lo siento, Eugene. Yo ignoraba lo que iba a ocurrir. Pero no debiste matarle.

— ¿Y si Ariana está siendo víctima, en estos momentos, de los mismos vejámenes que trataron de hacerme a mí?

Luis no pudo evitar un estremecimiento. Se volvió a Apkran y declaró:

— Eugene alega que trató de defenderse.

— Hiperio no pretendía causarle ningún daño — contestó Apkran—. Nosotros no comprendemos muy bien todo lo extraño que hay dentro de la mente de una mujer. Temo no conocer con exactitud la evolución psíquica del cerebro de la mujer terrestre.

— Yo tampoco, sabio Apkran — replicó Luis —. Pero hay un hecho concreto. Hiperio no debió obligar a Eugene a realizar un acto contra el que sentía repulsión.

— ¡Ese acto —dijo Apkran, casi con violencia — me consta que esta mujer lo realizaría contigo con placer!

Mordiéndose ligeramente los labios, Luis replicó:

— El caso no es el mismo.

— Hiperio era un hombre apuesto, gallardo, sabio y varonil en extremo —manifestó uno de los quince hijos de Andro con hostilidad en su voz—. Pero aquí no juzgamos la conducta de nuestro hermano, sino la acción criminal de esa extranjera. Y conoces nuestra opinión, Apkran. ¿Para qué dar inútiles rodeos? ¡Pedimos la aniquilación total y definitiva de esa mujer y de todos sus compañeros! ¡Son seres salvajes, primitivos y sanguinarios! ¿Qué podemos esperar de ellos?

— ¡Muerte a todos! —exclamó otro hijo de Andro, con calor.

Capítulo VIII

Todyl Arkmo se desprendió súbitamente de los brazos de Junk y se incorporó, huyendo de la estancia sin recoger las prendas de ropa que yacían en torno al lecho.

Junk no había salido de su estupor cuando la puerta por la que había salido ella se volvió a abrir, y ahora, inexpresivas y amenazadoras, aparecieron cuatro «odayas» provistas de objetos metálicos y brillantes que parecían armas.

Detrás de ella llegó Ikai Otirma, con semblante adusto, imperativa y enérgica:

— Ven con nosotras, Junk Colman. Han terminado los honores que te debíamos. Si intentas ofrecer la más mínima resistencia, serás destruido.

— ¿Eh, cómo? ¿Qué ocurre? ¡Yo no pretendía...! ¿Dónde está Todyl? ¡Quiero hablar con ella!

— ¡Sacadle de aquí!

Las cuatro «odayas» rodearon a Junk y le obligaron a incorporarse. Luego, sin muchos miramientos, le llevaron hacia la salida, conduciéndole luego a uno de los ascensores.

Junk se detuvo, volviéndose a Ikai.

— Pero..., ¡qué diablos! ¡Todyl y yo no hemos cometido ningún acto reprochable! ¿Qué derecho tenéis a obligarme a dejarlo todo y llevarme como un criminal? ¡Soy huésped de Apkran!

— Es mejor que te calles y no digas nada —replicó Ikai Otirma, secamente—. Todyl nada tiene que ver con esto... ¡Cumplimos órdenes recibidas de Miver!

Junk quedó consternado. Las «odayas» le situaron sobre el disco rojo del ascensor magnético, sin dejar de apuntarle con sus armas. El disco descendió y la vestal quedó arriba, viéndoles bajar, apoyada en la barandilla que surgía del reborde cuando el piso descendía.

Poco después, Junk era introducido en uno de los habitáculos semiesféricos, donde ya estuviera encerrado anteriormente y donde sólo había dos literas para descansar.

Fue encerrado sin que sus preguntas arrancaran ninguna respuesta de las «odayas» imperturbables, que parecían no comprender su lengua.

En su desesperación, Junk llegó a imaginar infinitas posibilidades. Quizás alguien se había enterado del acto que

irreflexivamente realizó con Todyl Arkmo. Esto no era improbable, dado el sistema perfecto de control que imperaba en Kormol.

Apkran pudo montar en cólera, y Todyl, por telepatía, quizá captara aquella orden y huyera de su lado. Su compañera Ikai Otirma se encargó de cumplir la orden.

Seguramente era un gran delito que una vestal tuviera contacto íntimo con un terrestre, aunque Junk estaba por creer que algo peor había sucedido. ¿Y si todos habían sido engañados por Apkran, quien les invitó a conocer los mundos de la galaxia para separarlos?

¿Es que podía Apkran temer algo de ellos? Posiblemente, debía ser así, a juzgar por lo poco que habían durado como huéspedes. ¿Estaban su padre y sus hermanos también prisioneros como él? En tal caso, ¿qué podía hacerse?

Junk llegó a decirse, para sus adentros:

»—Si todos están encarcelados, es evidente que el único en poder hacer algo soy yo. La «Sustra-Kamac» se encuentra aquí, en Kormol. Mi deber es tratar de escapar y penetrar en la nave. Soy el que está más cerca de ella, y del modo que sea he de volver a su interior.

»Una vez allí, puedo hacer presión, aunque sea amenazando con destruir este planeta u otro, para que mi padre sea puesto también en libertad.

De esta forma, Junk llegó a imaginar una infinidad de posibilidades que iban desde atacar a sus guardianas, cuando vinieran a darle el alimento, hasta emplear las literas para tratar de destruir las paredes de su encierro y escapar.

Se dijo que sus compañeros y familiares, si estaban detenidos como él, no podrían regresar a Kormol, porque no era fácil emplear los emisores de materia. A él, en cambio, le era más fácil tratar de llegar a la astronave y de situarla en el espacio, desde donde podía enviar un ultimátum a los captores de sus camaradas de raza.

Sin embargo, después de haber imaginado todas las posibilidades factibles, Junk no dio la verdadera razón de su encierro. Y se llevó una gran sorpresa, horas después, al abrirse el muro de su celda y aparecer Todyl Arkmo, que se lanzó a su cuello, abrazándole y gimiendo.

— ¡El consejo de los hijos de Andro pide la muerte de todos vosotros, Junk!

— ¿Cómo? ¿Qué es lo que ocurre, Todyl? ¿Acaso han sabido que tú y yo…?

— ¡Oh, no es eso, amor mío! —replicó Todyl—. No podía decírtelo antes. Recibí la orden bruscamente y desconocía los

motivos. Luego lo hemos sabido.

— ¿Qué? ¡Habla, por el amor de Dios!

— Se trata de la muerte de Hiperio, el hijo de Andro residente en Lund…! ¡Lo ha matado Eugene Gallard!

Junk sintió que la debilidad se apoderaba de su ser y hubo de sujetarse en Todyl para no caer, tal era su estupor.

— ¿Eugene Gallard ha matado a un hijo de Andro? — balbuceó.

— Sí. Apkran ha trasladado a Eugene a Miver, donde está tu padre. Se ha reunido un consejo para juzgar los hechos, pero acabo de recibir información y he sabido que se pide la muerte de todos vosotros.

— ¿La muerte? ¿Qué culpa tenemos los demás de que esa mujer…? Pero ¿cómo ha sido? ¿Por qué?

— Hiperio es una especie de cacique en Lund, un planeta pequeño y natural, donde se conserva casi todo su ambiente primitivo. Creo que Hiperio trató a Eugene Gallard como si fuera una «suma»… ¡Igual que hemos hecho nosotros! Pero mientras el amor nos ha dominado a los dos, Eugene Gallard se rebeló contra su anfitrión, atacándole con un objeto metálico y destrozándole el cráneo.

— ¡Qué horrible desenlace!

— La culpa pudo haber sido de Hiperio, o, en su defecto, de Apkran, que no calculó esa posibilidad.

Y lo más absurdo de todo es que, en vez de juzgar sólo a Eugene, se trata de condenar a todos vosotros.

»Por eso hemos recibido órdenes de encerraros.

Y no hemos tenido más remedio que cumplirlas.

— ¿Qué nos harán?

Todyl Arkmo se apretó contra su pecho y no respondió. Él hubo de apartarla suavemente y alzar su cabeza, para mirarla a los ojos.

— ¿Quieren aniquilamos a todos por lo que ha hecho Eugene?

— Me temo que sí, Junk.

— ¡Eso es injusto!

— ¿Y qué puedo hacer yo?

— ¡Rebelarte contra ello!

— No puedo. Si hiciera tal cosa, Apkran me destruiría a distancia.

— ¡Tenemos derecho a defendernos, Todyl! ¡Mi raza no condenaría a todos vosotros por la falta cometida por una sola persona!

— Vosotros sois… Perdóname, Junk. No sé lo que digo. Estoy tan confundida como tú. No sé lo que me ocurre. Hay una agitación

muy grande en mi mente. Estoy turbada, confusa, desorientada. Creo que tienes razón y mi deber es ayudarte, porque siento ansias irrefrenables de estar contigo, de sentirte a mi lado. No puedo evitarlo. He perdido la seguridad en mí misma. No soy una vestal. Me he dado cuenta de que mi corazón late ahora de modo diferente. He creído comprender que algo había en mi como aletargado y que tú has despertado con tus besos.

»Es como si quisiera morir contigo, porque después de haberte conocido, si te pierdo, ya no me importará la vida. ¿Te das cuenta? ¡Esto es extraordinario e increíble, puesto que pertenezco a una civilización distinta, a un mundo diferente al tuyo!

— Te equivocas, Todyl. Ambos pertenecemos a una misma especie humana, aunque hayamos nacido en Jugares distintos y nuestras vidas se hayan desarrollado de forma diferente.

»Es la fuerza incontenible de la naturaleza la que nos atrae el uno al otro y contra lo que no podemos luchar. La evolución humana está basada en la perpetuación de la especie y dondequiera que se halle el amor, aunque sea entre seres de diferentes planetas, allí brotará la vida. ¡Tiene que ser así, Todyl; de lo contrario la humanidad se habría terminado hace siglos!

Al hablar, Junk había oprimido los brazos de Todyl, mirándola fija e intensamente a los ojos. Ella, como dominada, asintió:

— Sí, creo que tienes razón, Junk. Hay algo que ni siquiera Apkran ha podido comprender. Nos amamos.

Él la abrazó de nuevo, apretándola contra su pecho. Sus corazones latieron al unísono.

— No permitiré que nada malo te ocurra, Junk. Seré desleal a mi mundo, desafiaré a todos... ¡Lucharé por ti!

— Tienes que ayudarme a llegar a la astronave, Todyl. Una vez allí, nos remontaremos al espacio exterior y yo impondré condiciones.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¡Ayudar a los míos! ¿No es justo? Yo tengo en la nave medios de persuasión.

— No te servirán de nada. El poder de Apkran es absoluto y total. Ni siquiera te permitirán llegar hasta tu nave.

— Lo haré si tú me ayudas, Todyl —suplicó él.

— ¡Claro que te ayudaré! ¿Es que puedo evitarlo, mi vida? Lo que siento por ti es más fuerte que el cumplimiento del deber. Y no me importará ser aniquilada también, si muero junto a ti.

* * *

Todyl cumplió su promesa. Poco tiempo después, regresó con cuatro «odayas» armadas, a las que ordenó dar escolta a Junk y conducirle al exterior. Mientras caminaban por las salas circulares y los pasadizos subterráneos, Todyl dijo a Junk, en voz baja:

— Ikai y Akara están descansando. Para que nadie sospeche, he llamado a esta escolta, diciéndoles que hemos de examinar vuestra nave... ¡No temas! Las «odayas» no comprenden tu lenguaje.

— Estoy preocupado por ti, Todyl. Si esto saliera mal...

— ¡Es seguro que saldrá mal! ¿Crees que Apkran se va a dejar intimidar por tus amenazas? ¡Ni lo sueñes!

— Entonces ¿por qué te arriesgas?

— No puedo evitarlo, Junk. Es más fuerte que yo misma. Lo que siento por ti desborda mi razón y mis sentimientos. No lo puedo comprender. Es tu vida lo que me importa. Y si has de morir, yo moriré contigo.

Junk sintió irrefrenables deseos de abrazar a Todyl, pero se contuvo. Las «odayas» habrían quedado muy sorprendidas de tal acto y, posiblemente, su huida se hubiese malogrado.

Llegaron a la base de uno de los ascensores. Había muchas «odayas» en aquella gran sala circular. Casi todas se volvieron a contemplar al grupo. Nadie habló, sin embargo. La presencia de Todyl las intimidaba. Una vestal era sagrada.

Salieron al exterior sin la menor dificultad, en donde había un vehículo cerrado, de propulsión magnética, al que subió Junk, a una indicación de Todyl. Las cuatro «odayas» subieron también y se sentaron en torno al «detenido», mientras Todyl Arkmo se situaba delante de los mandos, que eran botones con extraños signos.

El viaje duró poco. La «Sustra-Kamac» estaba instalada en un terreno despejado y próximo a la pista de comunicación metálica. Al llegar a las inmediaciones de la nave fotónica, Todyl detuvo el vehículo y descendieron.

Entonces se volvió Todyl a las «odayas» y les dio una orden. Ninguna replicó. Retrocedieron, dejando al detenido junto a la vestal, la que invitó a Junk a subir por la rampa metálica que conducía a la escotilla auxiliar de la astronave.

— ¿Qué les has dicho? —preguntó Junk.

— Que esperen ahí, sencillamente.

— ¡Ahí no pueden quedarse! ¡Cuando encienda los retroimpulsores quedarían carbonizadas!

— Entremos. Luego les ordenaré que se marchen.

La escotilla estaba cerrada por fuera. Junk sólo tuvo que descorrer el pestillo de seguridad y la compuerta se abrió en

silencio. Una vez dentro, Todyl se volvió y gritó a las «odayas» algo que Junk no entendió. Las cuatro mujeres parecieron vacilar, sorprendidas. Pero inmediatamente dieron media vuelta y echaron a correr hacia donde habían dejado el vehículo.

— Ya se van, Junk. Posiblemente, avisarán a mis compañeras. Akara e Ikai avisarán a Apkran. Antes de lo que supones pueden haberse malogrado tus planes.

— ¡Vamos a la cabina de dirección astronómica! — exclamó Junk, cerrando la compuerta de la astronave en donde había nacido —. No podemos perder ni un instante. ¿Qué es lo que Apkran puede hacemos?

— Impedirte despegar, neutralizar tu vuelo, atraerte hacia la superficie del planeta y capturarte de nuevo. Prácticamente, lo puede hacer todo.

— ¿Tú estás en contacto con él?

— Sí. Pero tú también lo estás, si él lo desea. Puede hablar contigo por telepatía e incluso hipnotizarte a distancia.

— ¡No lo hará! — exclamó Junk —. Puedo hacer estallar la nave y este planeta. Llevamos a bordo un potente explosivo ciclotrónico, de un millón de megatones. Se desencadenaría una reacción de antimateria en cadena incapaz de ser controlada. Esto debe saberlo Apkran. Y si he de morir, lo haré destruyendo.

— ¡ Será inútil, Junk! ¡Nadie puede oponerse al poder absoluto de Apkran!

— ¡Eso ya lo veremos!

Corrieron por los pasillos, hasta llegar a la cabina de navegación astronómica, donde estaban situados los controles de vuelo. Junk lo conocía todo al dedillo. Sin vacilar, conectó los circuitos de ignición y comprobó los indicadores. Todo estaba en orden. Funcionaron los retroimpulsores y la gigantesca nave se estremeció, con un poderoso rugido que impresionó a Todyl.

— Siéntate en esa silla y no te muevas. Vamos a despegar de un instante a otro.

Junk había nacido en aquella nave y conocía todos sus secretos. Se movió con agilidad de un lugar a otro y luego se instaló frente a la pantalla de recepción positrónica, donde vio aparecer el paisaje circundante a la «Sustra-Kamac».

Al instante, la imagen exterior osciló, lo cual significaba que la nave estaba separándose del suelo. Y, al mismo tiempo, de la silenciosa población vecina, Junk vio surgir numerosos destellos.

— ¿Qué es eso? —preguntó a Todyl.

—Líneas magnéticas de interceptación. Están tratando de

impedirnos la huida. Formarán una barrera antigravitacional sobre nosotros que nos impedirá abandonar el planeta.

— ¿Cómo puede evitarse?

—Sólo hay una franja de fuga tangencial... No te remontes a más de mil metros... Vuela oblicuamente, alejándote de aquí, hasta que nos libremos de la antigravitación. Es como un techo magnético que nos irá obligando a descender.

Junk comprendió que no podía remontarse libremente al ver bajar las agujas de los indicadores de despegue. Maniobró entonces en la dirección señalada por Todyl y comprobó que la nave, a unos setenta metros del nivel del suelo, se deslizaba con rapidez, ganando aceleración. El vuelo era tangencial a la superficie.

— Sigue así, Junk. Observa las líneas luminosas. Cuando se debiliten, puedes intentar subir hacia el espacio exterior. Luego tratarán de imposibilitarte en el espacio. Para ello utilizarán otros procedimientos energitrónicos de mayor potencia.

— Me alegro que ya sepan lo que nos proponemos... ¿Hacia dónde se encuentra Miver?

Todyl se levantó y se acercó a Junk. Fue a decir algo, pero en su semblante apareció una expresión de angustia.

— ¿Qué te ocurre, Todyl?

— Es él... ¡Apkran! ¡Me está dando instrucciones!... ¡No puedo! ¡No, quiero a Junk Colman! ¡Estoy dispuesta a morir con él!

Todyl se estremeció y, acto seguido, se desplomó pesadamente sobre el pavimento, donde quedó inmóvil, en trágica postura, dando la impresión a Junk de que había sufrido un colapso.

Furioso, el hijo de Luis Colman conectó un mando automático, para permanecer alejándose tangencialmente de Kormol, y se arrodilló junto a Todyl.

En aquel instante, se oscureció la pantalla, seguido de una sucesión de líneas de interferencia, las cuales cesaron de pronto para dejar surgir la imagen de Apkran, cuya voz imperiosa llegó hasta Junk cuando éste trataba de incorporar a Todyl.

— ¿Qué haces, inconsciente? ¡No puedes desafiar nuestra ciencia!

Junk se volvió. En su expresión no había sorpresa, sino furia.

— ¡Déjame en paz! ¿Qué has hecho a Todyl?

— Está sin sentido. Vuelve a Kormol con esa nave y espera la decisión del consejo de los hijos de Andro.

— ¡No! —aulló Junk—. Antes soy capaz de estrellarla contra el planeta y hacer estallar las cargas ciclotrónicas.

— ¿Estás loco, muchacho? ¡No puedes hacer eso!

¡Interceptaremos la nave, la inmovilizaremos!

— ¡Hazlo, si puedes! ¡Pero no impedirás que haga estallar este planeta! ¡Más vale que dejéis en libertad a mi padre y a todos mis hermanos de raza!

— ¡Loco insensato! ¡Te paralizaré a ti también!

Junk sintió algo así como un fuerte dolor de cabeza y una sacudida que le recorrió la espina dorsal. Hubiera caído de no agarrarse fuertemente a un soporte del tablero. Se incorporó, haciendo un sobrehumano esfuerzo, deslizándose luego hacia el teclado de órdenes del informador electrónico... ¡Iba a destruir, a desintegrar!

Capítulo IX

— ¿Por qué lo has hecho, Eugene?

— ¡Sentí un asco infinito, Luis! —exclamó ella—. Me recibió con una sonrisa morbosa. Era un reptil. Dijo que deseaba comprobar si una mujer terrestre podía proporcionarle más satisfacción que una «suma». Fue algo repugnante. ¿Por qué me enviasteis allí?

— Te comprendo, Eugene. Y lo siento. Pensé que estos seres actuaban obedeciendo leyes y costumbres inamovibles.

Luis dio media vuelta y se dirigió hacia una de las ventanas estriadas. Se encontraban solos en el interior de una amplia estancia, en un piso elevado de la mansión-palacio de Apkran, mientras abajo, en la sala del consejo, los hijos de Andro deliberaban su suerte y la de todos sus compañeros de viaje estelar.

— No pude evitarlo, Luis. Cuando me puso las manos encima, retrocedí. Él se burló y me dijo que nadie nos molestaría. Añadió que era el amo de Lund y que ni siquiera Apkran podía inmiscuirse en sus asuntos privados.

»Yo vi aquella especie de tubo metálico colocado en el muro. Fui hacia él y lo empuñé. En aquel instante, Hiperio se acercaba de nuevo, más excitado aún. Y, sin saber lo que hacía, le golpeé con fuerza...

Eugene se cubrió los ojos y sollozó.

— No creí que ocurriera esto, Luis... Lo siento... Soy culpable y estoy dispuesta a pagar. Pero no es justo que os castiguen a todos vosotros. ¡Te han engañado! ¡Esto no es hospitalidad!

—Te comprendo muy bien, Eugene. No te atormentes. Creo que hiciste bien.

Ella alzó sus ojos verdes y húmedos hacia el hombre que tanto había amado y, por vez primera, creyó encontrar en él algo que jamás había visto.

— Todavía sigues siendo bonita, Eugene —musitó Luis.

— No digas eso... Han transcurrido muchos años... ¡Oh, Luis, cómo hemos malgastado el tiempo!

Él se acercó a ella y le acarició el rostro. Había comprensión y ternura en su mirada.

— Tengo confianza en que Apkran sea justo, Eugene. Pero si ocurre lo peor, no te atormentes. Te he comprendido muy bien. Una mujer terrestre sólo debe entregarse por amor.

»Veo difícil, por otra parte, que estos seres nos comprendan.

Ellos no nos conocen, por mucho que sepan. Existen razones en nuestras mentes que ni la propia razón comprende.

»Sin embargo, es triste fracasar por tan pueril motivo. Y es una realidad, por otra parte, que las causas más insignificantes son las que producen mayores efectos.

»No hemos fracasado. En la Tierra, alguna vez, recibirán el informe que envié antes de desembarcar en Kormol. Pese al tiempo empleado, establecimos contacto con esta civilización y el Consejo Científico Mundial sabrá a qué atenerse.

«Nosotros hemos sido los primeros en llegar. Luego vendrán otros. Puede ser mañana o dentro de cien siglos. El tiempo no importa. Lo importante es el hecho, la verdad innegable de que hemos llegado y de que era cierta la teoría de Lucius Swindle.

«No estamos solos en el universo, Eugene. En épocas remotas, estos seres, que no eran como ahora, llegaron a nuestro mundo. Ésa es la verdad. Los que han muerto desde entonces lo atestiguan en el más allá infinito.

»Y, pese a cuanto ha ocurrido, me siento orgulloso de todos, y especialmente de ti, Eugene, porque eres la que más has sufrido, la más humana, apasionada y atormentada de toda la tripulación. Tiene más mérito tu labor que la de Ariana, quien no ha tenido dudas ni inquietudes.

«Tú, en cambio, debatiéndote en feroz desesperación, has tenido que sacrificarte de modo extraordinario hasta llegar a la aclimatación a un medio que te era totalmente adverso. No debiste venir, Eugene. Ahora lo sabemos muy bien. Pero tampoco podías retroceder una vez emprendido el viaje. Y has seguido hasta el último momento.

Pareció como si las lágrimas, ahora limpias y cristalizadas, afluyeran con más fuerza a los ojos de Eugene.

— ¿Lo ha comprendido también Yan? —preguntó con un hilo de voz.

— Sí, naturalmente. Y te ha perdonado. Ahora, Eugene, todos estamos de tu parte. Hagan lo que hagan estos seres, perteneces a los nuestros y no te abandonaremos.

— No me importa morir, Luis —musitó Eugene tristemente—. Moriría dos mil veces con tal de no causaros ningún daño.

Luis Colman se inclinó sobre la mujer y le besó los cabellos.

— ¿Que Dios te bendiga, Eugene!

* * *

El sabio Apkran, en persona, apareció en el dintel de la puerta,

cuando ésta se descorrió. Luis y Eugene, que se habían vuelto, poniéndose en pie, contuvieron el aliento, temiendo oír de aquellos arrugados labios una sentencia de muerte.

Apkran no venía solo. Le acompañaban dos vestales y seis «odayas». Estas últimas llevaban una silla, que parecía de aluminio, con asiento y respaldo almohadillado, la cual fue colocada delante de la pareja de terrestres.

Cuando Apkran se sentó, lanzo un suspiro y miro fijamente a Luis.

— Tu hijo Junk ha persuadido a una vestal y ha escapado con ella en vuestra nave sideral.

— ¿Cómo? — exclamó Luis, atónito.

— Es lo más asombroso que podía ocurrir... ¡Inconcebible! Nuestras vestales son mujeres de extraordinario talento. Muy superiores a vosotros, de claro y metódico cerebro, con una enseñanza y una cultura que ni siquiera los hijos de Andro pueden superar.

»A pesar de todo esto, Todyl Arkmo se ha enamorado infantilmente de tu hijo. Y mucho me temo que las consecuencias de ese amor causen un grave trastorno en nuestro sistema social.

»Perder una vestal, hasta cierto punto, no es lo más grave. Eso puede solucionarse. En las Escuelas de Enseñanza Técnica superior existen muchas que pueden sustituirla. Pero el peligro que está corriendo parte de nuestra galaxia es mucho peor.

— ¿Qué ha hecho Junk? —preguntó Luis, temiendo escuchar la respuesta que había acudido a su mente.

— Algo que puede ser irreparable si no lo atajamos a tiempo. He tratado de impedírselo, pero no me ha sido posible. En su mente, según pude detectar, antes de sumirle en la inconsciencia, había deseos de destrucción.

»Ahora bien, y por esto he venido, deseo que hablemos con absoluta sinceridad. ¿Puede vuestra nave provocar la destrucción de Kormol?

Luis no vaciló en responder.

— Sí. La potencia explosiva del ciclotrón atómico es del orden de un millón de megatones. Sin embargo, depende de si está cerca de Kormol o alejado del planeta.

Apkran no se inmutó al escuchar estas palabras.

— Junk Colman ha situado la astronave en órbita en torno a Kormol. No podemos hacerla descender, ni tampoco dirigirla hacia el hiperespacio porque ha sido conectado un piloto automático.

— Entiendo. La nave navegará así, sin ayuda de nadie, todo el

tiempo que sea preciso. Pero si Junk no ha conectado el circuito de autodestrucción…

— Lo ha hecho antes de perder el conocimiento.

— ¡El cielo nos valga! —exclamó Luis, aterrado—, No solamente destruirá el planeta, sino que puede producirse una reacción antimateria en cadena, que afecte a buena parte de esta galaxia. ¿Cómo has permitido que ocurra esto?

— No he podido impedirlo. ¿Puedes tú acaso?

— ¡Si estuviera en la nave…! ¿Cuándo ha hecho Junk esa barbaridad?

— Hace menos de cinco minutos. Y yo tengo el medio de enviar alguien a la nave en menos de ese tiempo. Es curioso que vuestra llegada nos haya conectado otra vez con el tiempo, época que ya creíamos superada.

— ¡Déjate de charlas, Apkran! —gritó Luis—. Si tienes medios para enviarme al interior de la «Sustra-Kamac», hazlo cuanto antes. Transcurrirán unos diez minutos desde el instante en que Junk haya ordenado la destrucción de la nave. Los circuitos del aniquilamiento son lentos, pero inexorables.

— ¿Quieres ir a salvar a tu hijo? —preguntó Apkran.

— Sí.

— ¿Aunque el Consejo de los hijos de Andro haya decidido castigar en todos vosotros el acto de esta mujer? —La pregunta de Apkran era tajante.

— No importa vuestra injusticia, Apkran. Si hemos de morir, lo haremos dignamente. Nuestra misión se ha cumplido. Pero bien sabe Dios que nosotros no hemos venido a esta galaxia a causar daño… ¡En cambio, Hiperio trató de hacérselo a Eugene; ella tenía derecho a defenderse!

»Mas no perdamos tiempo en estas discusiones. Haz que llegue a la nave antes de que sea demasiado tarde. Yo puedo desconectar el circuito de órdenes y evitar la explosión del ciclotrón.

Apkran se levantó y dijo:

— Sígueme. No perdamos tiempo.

Salieron de la estancia y se dirigieron a uno de los ascensores. Apkran formuló el deseo de ser trasladado al laboratorio de emisión de materia, donde se encontraban los focos de recepción material. Por el camino, el sabio de Miver observó:

— Tu nave espacial carece de focos de recepción y eso es un inconveniente. Además esa nave se encuentra en movimiento, orbitando Kormol. Enviarte allí requerirá una precisión extraordinaria. No te oculto, por tanto, el peligro que representa un

insignificante y posible error. De no acertar en la emisión, podrías ser integrado en el vacío y quedar convertido en un satélite de Kormol.

»Por el interés que tengo, procuraré acertar y enviarte dentro de la nave, para que puedas desconectar ese explosivo. Si fracaso, no será culpa mía.

— ¿Por qué ha ocurrido esto?

— Soy sabio, pero no infalible —contestó Apkran, cuando ya el ascensor se detenía en una sala de grandes dimensiones, donde trabajaban varios centenares de vestales en extraños y complicados aparatos electromagnéticos—. Aquí está la central de emisión de energía. Hace poco hemos puesto en funcionamiento un nuevo equipo, de gran precisión, precisamente para envíos a planetas donde no existen focos de recepción.

»Creo que, sincronizando perfectamente la órbita de la astronave, lograremos introducirte en ella... ¡Ah, el tiempo, tan desdeñado, se ha confabulado contra nosotros!

— ¡No perdamos ni un segundo, Apkran! ¡Hemos de intentarlo! Yo no pongo condiciones. Evitaré esa explosión y después aceptaré vuestra sentencia. Si es injusta, la responsabilidad será vuestra.

Apkran no replicó. Acompañó a Luis hasta un sector de la nave, en la que había enormes focos de radioemisión. Una vestal de gran belleza habló con Apkran, en su lengua. Inmediatamente, Luis recibió órdenes de situarse exactamente donde le señaló la vestal, mientras el anciano ocupaba un puesto delante de los controles, y decía:

— No te muevas en absoluto, Luis Colman. Este envío es de suma precisión. Voy a detectar el rumbo de la nave.

Durante unos segundos, con los ojos cerrados e implorando en silencio, Luis esperó. Pensó en Ariana, en su familia y en su hijo Junk, felizmente orgulloso de que hubiera conocido el amor de una vestal de Andrómeda. Él lo había imaginado, al conocer a Todyl Arkmo, pero no tuvo la certeza hasta que Apkran se lo dijo.

También pensó en Eugene, cuya actitud, aun en tan difícil trance, la enaltecía. Yan-Kuang estaría orgulloso de ella.

De pronto, la voz de Apkran llegó hasta él, casi sorprendiéndole.

— ¿Dispuesto, Luis?

— Sí.

— Buen viaje. Y actúa sin pérdida de tiempo.

Luis Colman volvió a experimentar la misma sensación de desvanecimiento que percibió cuando, desde Kormol, fue enviado a Miver. Sólo duró un instante, una décima de segundo. Y, al mismo

tiempo, se encontró en el interior de la cabina de navegación astronómica, frente al cuerpo inerte de Todyl.

Luis sacudió la cabeza, donde parecían haberse concentrado numerosas abejas. Luego se dirigió hacia «1 tablero de órdenes de programación computada. Un vistazo le bastó para comprender que Junk, que yacía boca abajo, junto a la máquina, había pulsado correctamente los mandos de la autodestrucción.

Luis sólo podía hacer una cosa, ignorando los segundos o minutos que le faltaban. Y fue pulsar las teclas de urgente anulación de la orden, para luego salir a toda prisa de la cabina y volar a su despacho de dirección, donde existía un tablero principal de órdenes, gracias al que podía desconectar todos los dispositivos electrónicos de la astronave.

Como un loco, entró en su despacho, se abalanzó sobre el tablero y sus dedos, febrilmente, presionaron el desconectador general. Entonces, jadeando, se quedó tendido sobre la mesa.

¡Había llegado a tiempo de conjurar el peligro!

Suspiró, dando gracias a Dios por la ayuda recibida, y regresó a la cabina de navegación astronómica, donde se inclinó sobre Junk, sacudiéndole la cabeza. Como el joven no reaccionaba, presionó en determinados centros nerviosos y Junk se estremeció, abriendo inmediatamente los ojos.

— ¡ Papá! — exclamó.

— Hola, hijo mío. ¿Cómo estás?

— Pero... ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué me ha sucedido? ¡Oh, papá! ¡Apkran quiso imposibilitarme! ¡La nave va a estallar!

— No te preocupes, Junk. He desconectado la orden. Apkran me ha enviado aquí con los segundos contados. Nada va a estallar.

Padre e hijo se miraron de modo indefinido, hasta que Luis sonrió y ayudó a Junk a incorporarse.

— No cabe duda que me siento orgulloso de ti, Junk. ¿Cómo convenciste a Todyl?

— ¡Oh, Todyl; la había olvidado, papá!

De un salto, Junk se inclinó sobre la vestal y la rodeó con sus brazos, incorporándola. Era imposible saber si su organismo respiraba, dado que la función respiratoria en su organismo apenas era perceptible. A pesar de ello, captó los latidos de su corazón.

— ¡ Está viva, papá!

— Sí, claro. ¿Por qué no había de estarlo?

»Apkran la paralizó a distancia. Se trata sólo de reanimarla, como yo he hecho contigo, excitando los centros neurálgicos de la

víscera cervical... Déjame y verás como vuelve en sí. Apkran anula ciertos sectores de la mente, por medio de influencias telepáticas. Yo los estimulo y ella se recupera. Es así de sencillo, hijo.

Efectivamente, Todyl Arkmo, bajo la presión suave de los dedos de Luis Colman, se recobró inmediatamente. Y también se sorprendió al ver allí al comandante de la «Sustra-Kamac».

— ¿Qué significa esto?

— Me ha enviado Apkran, hija mía —respondió Luis, todavía de rodillas en tierra—. Era cuestión de vida o muerte. Al parecer, Apkran se equivocó con respecto a Junk y esta nave iba a estallar, causando un gran colapso en la galaxia. Hay energía acumulada aquí para causar un fuerte choque cósmico.

»He llegado justamente a tiempo y ya no hay peligro. Ahora volveremos a Miver. ¿Quieres preguntar a Apkran si me dirijo allí con la nave o empleamos los focos receptores de Kormol para volver antes?

— ¿No piensas huir? —preguntó Todyl.

— No — dijo Luis —. Ha ocurrido un incidente muy desagradable y el Consejo de los hijos de Andro parece dispuesto a ser injusto con nosotros.

— Lo siento —asintió Todyl—. Estoy enterada de ello. Deseo que me permitas formar parte de tu raza. He ayudado a Junk a escapar porque estoy enamorada de él. Si vosotros vais a ser castigados, yo quiero sufrir también el mismo castigo.

— ¡No tienes que sacrificarte por nosotros, Todyl! — exclamó Junk.

— He sido desleal a mi raza, Junk. Sigo los impulsos de mi corazón y mi conciencia. Vuestra condena es injusta, pero, además, te quieto. Apkran no podrá impedirme que una mi suerte a la vuestra.

— Eres admirable, Todyl —habló Luis—. Creo que eres digna de ser la esposa de Junk. Jamás esperé encontrar entre vosotras sentimientos más sublimes. Es ahora cuando comprendo que, pese a vuestra perfección, existe algo que el progreso no puede anular jamás. El amor surge de pronto, más fuerte que nosotros mismos, y nos envuelve a pesar de todo.

«Eres de nuestra raza, Todyl. Biológicamente, no hay diferencia entre nosotros, dado que, en la antigüedad, nuestros antepasados tuvieron contactos que aún no se han olvidado.

«Sin embargo, quiero someterte a un reconocimiento fisiológico, por si hubiera en tu organismo algún impedimento físico.

— ¿Lo crees necesario, papá? —preguntó Junk—. Creo que es

inútil. Todyl y yo no podremos vivir juntos. Ni a ella le perdonarán su traición ni nosotros encontraremos comprensión y justicia en estos mundos.

— A pesar de eso, quiero reconocer a Todyl. ¿No te importa, querida?

— No, en absoluto. Mientras esté con vosotros, aunque sea unos minutos, deseo sentirme parte de Junk, al que amo más que a mi vida.

Luis atrajo a Todyl hacia sí y la besó en las mejillas.

— Que Dios te bendiga, hija mía.

Capítulo X

Al abrirse la compuerta principal de la «Sustra-Kamac» y aparecer en ella Luis Colman, su hijo y Todyl Arkmo, vieron un vehículo plateado que se acercaba, procedente de la pista metálica próxima, y que sin duda venía de la ciudad.

— Mis compañeras vienen a reducirme — habló Todyl, cerca del oído de Junk.

— Vamos — invitó Luis —. No las hagamos esperar.

Descendieron de la rampa y vieron detenerse el vehículo. Pero su sorpresa fue grande cuando descendieron Akara Tarna e Ikai Otirma, acompañando al propio Apkran, en persona.

— ¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó Luis, avanzando hacia el anciano personaje.

Apkran sonrió también y extendió su mano hacia el jefe terrestre.

— No podía faltar a este encuentro —dijo aquel hombre extraordinario—. A mis viejos huesos no le sientan bien estos transportes radioenérgicos. Pero el deber me ha traído.

— ¿Vienes a comunicarnos la sentencia?

— Hay tiempo para todo. He venido, más que nada, a darte las gracias por tu admirable comportamiento, Luis Colman. Dudo mucho que otro individuo, en tus circunstancias, se haya comportado como tú lo has hecho. Y eso habla muy alto en tu favor.

Apkran se detuvo y miró a Todyl Arkmo, la cual había bajado los ojos hacia el pavimento.

— En cuanto a ti, vestal de Kormol, debo decirte que no has sido leal a tu raza. Tu pasión por ese apuesto muchacho nos ha colocado en una situación de gravísimo peligro. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, criatura?

— Lo siento, Apkran. Tú que conoces mis sentimientos, habrás podido comprender que el amor pudo más que mi voluntad. Sé que es inútil cuanto diga y no pretendo suplicar clemencia.

»Amo a Junk Colman y estoy dispuesta sufrir la misma suerte que él. Si crees que merezco la muerte, destrúyeme, Apkran.

— ¿Qué hacéis en la Tierra con un ser que traiciona a su raza? —preguntó Apkran, volviéndose a Luis.

— La traición es un grave delito, Apkran — respondió el aludido —. Sin embargo, nuestros jueces consideran muchos factores antes

de dictar sentencia. En primer lugar, debéis considerar algo importante.

— ¿Qué es ello, Luis Colman? —preguntó Apkran.

— Todyl sabía que era imposible cometer traición. No podía huir a ninguna parte. Su impulso la obligó a dejarlo todo para ir al lado del hombre que amaba. Nuestras leyes serían benignas con ella. Pero hay más, y no te sorprendas. Todyl Arkmo lleva en su seno un germen maravilloso de vida humana, fruto cruzado de dos razas idénticas y separadas por los vacíos estelares.

»Tengo el presentimiento de que todo esto ha ocurrido por designio divino.

Apkran sonrió y dijo:

— Si esperabas sorprenderme, te equivocas totalmente, Luis Colman. Esa insignificante vida que acabas de mencionar ha sido inspirada por mí. Fui yo quien puse a Todyl en brazos de tu hijo. Yo dirijo todas las impresiones de mis vestales, «odayas», «sumas» e «hijos de Andro». Y, aunque a veces falle, como en el caso de Hiperio, de quien no pude sospechar siquiera un acto indigno, en éste no fallé. Desde Miver realicé esa experiencia.

«¿Crees que yo ignoraba la importancia que para teda la raza humana podía tener este cruce? ¡Ah, soy viejo y algún día habré de dejar esta vida! Pero ambiciono atar bien los nudos que nos unan en el futuro, porque me consta que no sois vosotros los únicos en venir a visitarnos. Que yo sepa como mínimo, hay más de cien naves viajando desde la Tierra hacia aquí. ¿Y qué ocurrirá? Lo inevitable. Habremos de establecer el contacto que fue interrumpido por nosotros hace más de cien siglos.

«Vuestra raza y la nuestra es la misma. Nos separó la historia, pero nos unimos de nuevo. Somos los parientes ricos y acomodados que encuentran al hijo del pariente pobre. La sangre es la misma, aunque las costumbres hayan cambiado.

»Nadie podría negaros el derecho a instalaros en nuestra casa, y más después de tan largo viaje. Con ese propósito os aplicamos la «oxiestomía». Kormol ha sido construido para que lo habitéis vosotros y los que lleguen después. Éste será el planeta en el que estrecharemos nuestras relaciones, donde impartiremos nuestros conocimientos a vuestros hijos y donde reanudaremos los lazos perdidos.

— ¿Quieres decir que esos propósitos aún pueden lograrse, a pesar de lo ocurrido? —preguntó Luis Colman.

— ¿Qué ha ocurrido?

— El juicio y la sentencia contra Eugene Gallard.

— No ha sido nunca mi propósito condenar a esa mujer por lo que ha hecho. La culpa, si alguien la tuvo, fue mía. Yo debí suponer que Hiperio se sentiría atraído por ella. Repito que no soy infalible. Cometí un error y el torpe señor de Lund ha pagado con la vida un acto reprochable.

»Son los demás miembros del Consejo de Andro, pobres espíritus rencorosos e inicuos, los que querían venganza inútil. Pero yo no lo habría consentido. Los reuní para que conocieran el caso. Muchos de ellos tienen huéspedes en sus casas. Y les he advertido: ¡deben tratar a sus huéspedes con respeto y consideración, de lo contrario serán severamente castigados!

»Aquí, en nuestra sociedad, un hijo de Andro es un ser privilegiado, que goza de grandes beneficios y pocas obligaciones. Su labor procreativa está especificada. Sólo deben tener cópula con las «sumas», las cuales engendran a nuestros hijos. A cambio de esa labor, viven cómodamente, sin preocupaciones, sin trabajar, y no se requieren esfuerzos intelectuales extraordinarios, salvo que de por sí brote la inquietud creadora y se le nombre mi sucesor. En tal caso, se le prepara convenientemente, para que, en su día, pueda ocupar el puesto que yo deje vacante. También se le administra el elixir de la eternidad, para que viva muchos siglos en beneficio de nuestra raza.

»Pero un hijo de Andro es poca cosa, casi nada. Y lo que Hiperio se proponía realizar, sin autorización de nadie, sólo por salvaje instinto, ya lo estaba preparando yo con dos personas elegidas: ¡Todyl Arkmo y tu hijo Junk!

* * *

El banquete se celebró en un magnífico palacio que Apkran asignó a Luis Colman, como comandante en jefe de la expedición terrestre. A él acudieron todos los miembros de la expedición, que habían sido reintegrados y acomodados en diferentes edificios, así como numerosas vestales de los mundos habitados por los andrómedos.

Apkran no invitó a ningún hijo de Andro, pero él, ataviado con impresionantes ropas de gala, presidió la mesa principal, sentándose junto a Luis y Ariana.

Allí se encontraban también el coronel Yan-Kuang, Peer Cushing, Ian Jansky, Juan Alberto Cebrián, Isabel Boada, el profesor Ventroff, el doctor Frank Faller, Milo Brimes, Sonia Onelli, Valenki, el hijo de Jansky, el doctor Klam, Edith Roff, Anna Romain, la esposa actual de Yan-Kuang y antigua secretaria de Luis, y muchos

más.

Todyl Arkmo y Junk gozaban de lugar preferente en la cabecera de la mesa, siendo el foco de la atracción general, sin importarles besarse de vez en cuando, felices del amor que se profesaban y porque representaban el lazo de unión entre dos mundos cósmicos.

Sólo faltaba Eugene Gallard, que no se encontraba en Kormol, sino que se había quedado en Miver, donde arias vestales de la Organización Psicosomática de Andrómeda estudiaban en ella determinadas reacciones que se consideraban peligrosas.

Eugene debía ser curada de una tara psíquica capaz de provocar la muerte de otra persona, por agresión incontenible. Apkran así lo había señalado y quería evitar el peligro. Eugene era una especie de maníaco depresiva, con crisis agudas de neurastenia. Todo ajeno a su propia voluntad, y tal vez creado por el prolongado viaje.

Pero las vestales de la Organización Psicosomática estaban dispuestas a curarla y prometieron lograrlo en breve tiempo.

Akara Tarna e Ikai Otirma también se hallaban presentes en el banquete. La primera se sentaba junto al joven Valenki, mientras que un hijo de Yan-Kuang y Anna Romain se sentaba junto a la segunda. Y parecía que entre todos ellos se había establecido ya la primera corriente de simpatía cósmica.

Apkran, al levantar su copa para brindar por todos, expresó los sentimientos que embargaban su alma, diciendo, con emotivas palabras:

— Esta reunión estaba prevista desde el momento que supimos de vuestra llegada. Yo di órdenes de construir Kormol, no para ser habitado por «odayas», sino por vosotros. No quise tampoco que fuera distinto a los mundos que habitamos nosotros. Aquí se ha empleado lo mejor de nuestra tecnología.

»Sin embargo, las circunstancias nos han hecho parecer, al principio, como enemigos. Yo no quería que nadie conociera mis planes, hasta no haber establecido el contacto.

«Pero nada ha cambiado. Aquí estamos ya, en el mejor ambiente de cordialidad y confianza, disfrutando de vuestra presencia y compartiendo el pan y el vino que vuestros antepasados, en la antigua Mesopotamia, dieron a nuestros astronautas en señal de amistad y cordial bienvenida.

»¿Qué menos podíamos hacer nosotros para celebrar vuestra llegada en este momento histórico e inevitable? La evolución de las razas humanas del universo sigue caminos enrevesados y discontinuos. Hubo pueblos que desaparecieron y sus descendientes no pueden estar representados hoy aquí.

»Nosotros evocaremos su memoria y rogaremos al Altísimo que haya acogido a todos ellos a su gloria, porque todos contribuyeron a extender la vida y la inteligencia sobre el ilimitado dominio de la materia inerte, que entre todos hemos transformado.

»No fue la casualidad ciega la que nos hizo seguir esos extraños caminos. No fue el azar puro el que transformó la primera célula y complicó su estructura para que surgieran las especies vivientes. No, todos lo sabemos perfectamente y lo hemos comprobado en nuestros laboratorios. De la nada, no surge nada. La generación espontánea fue una falsa teoría.

»La vida es eterna y continua, sin principio ni fin, como el cosmos donde se alberga. Todo nace y muere continuamente, sin que importe el tiempo transcurrido desde que algo se forma en los indetectables orígenes del átomo hasta que se desintegra y muere.

»La muerte es el fin natural de la materia. La vida es la continuidad, es la energía, es la mutación de la palpable en lo impalpable, es la conversión de la carne en el espíritu.

»Todo eso lo sabemos ya, aunque ignoramos qué hay en la dimensión espiritual de la inteligencia, en el Mas Allá sagrado y absolutamente eterno. Podemos admitir que el ciclo siguiente es la esencia divina. Lo hemos de querer así y, desde luego, así será, puesto que la voluntad de todas las inteligencias juntas, desde el principio infinito de los tiempos, lo han de querer de este modo.

«Nosotros, vosotros, los que nacieron antes y los que nacerán después, han de unir forzosamente, su voluntad anímica, ya que formamos parte de un todo que sólo era material para transformarse en espiritual.

«Sin estar muy seguros de ello, suponemos que ésa es la voluntad de Dios y nuestro destino está trazado en ese rumbo sagrado y no en otro. ¿Cuál es el número de almas necesario para alcanzar el ciclo superior? Esto no importa. Son vidas lo que necesitamos. Medios para perpetuarlas, hacerlas superiores, infinitamente mejores de lo que somos ahora. Tal vez entonces, con una sola baste para acercarnos al Espíritu Supremo y decirle: "Señor, henos aquí, al fin, cumpliendo Tu sagrada voluntad”.

Luis Colman era, posiblemente, el que escuchaba con mayor atención, creyendo encontrar respuesta a muchas de las preguntas de su razón, y comprendiendo que la unión de aquella raza Andrómeda y la suya podía aportar mucho al progreso, a la evolución y al acercamiento del hombre hacia Dios.

Por tanto, Luis fue quien aplaudió con más calor que nadie, poniéndose incluso de pie y abrazando a Apkran, cuando éste

terminó su disertación.

— ¡Es maravilloso lo que has dicho! —exclamó—. Ahora es cuando estoy seguro de que valía la pena emplear la «Fórmula 10» y tardar siete siglos en llegar hasta aquí, para encontrarse con el bálsamo inapreciable de esas palabras.

— No he hablado más que con la voz de la experiencia, amigo Luis —contestó Apkran—. Yo bien quisiera estar seguro de que cuanto he dicho es absolutamente cierto. Sin embargo, sospecho que me acerco a la verdad, porque en mí se unen todas las verdades que la filosofía, en su lucha incesante, ha ido desentrañando y arrancando a la oscuridad y la mentira, creaciones éstas de la ignorancia del pasado.

»Pero mis verdades pueden ocultar engaños también. Serán nuestros descendientes quienes aporten nuevos datos a las verdades ya descubiertas. Y, al final, por encima de todas, surgirá la Gran Verdad, que es una radiación de la Justicia Divina.

— Nuestros hijos cambiarán de lengua, llegarán a comunicarse por medio de ondas mentales, superarán distancias infinitamente más grandes que las superadas por nosotros, pero nadie podrá negar nunca que Apkran fue un sabio indiscutible.

— ¡Qué más quisiera yo! Aún me quedan muchos errores.

— Tu sabiduría es fantástica, Apkran. Siempre te respetaré por ello.

— Es que si llegase a creer que otra persona estaba en la verdad y yo en el error, le cedería mi puesto al frente de los destinos de mi raza. Pero sé que todavía nos falta mucho camino que recorrer.

«Piensa que, en un principio, nuestros antepasados creyeron que su mundo era el centro del universo. Luego, al conquistar los mundos vecinos y desentrañar los misterios de la astronomía, el concepto de su insignificancia se amplió a escala cósmica. Del sistema planetario estamos pasando ya al sistema galáctico. No hacemos más que ampliar el horizonte que nos rodea, ver más allá de donde veíamos antes. Y es ahora cuando nos damos cuenta de que aún nos falta mucho más por alcanzar de lo que hemos alcanzado.

«¿Comprendes por qué necesitamos estar unidos, cada vez en mayor número? Si nos organizamos sabiamente, jamás nos faltarán alimentos para nuestro desarrollo. Cuando nuestro número de hijos sea incalculable, como incalculables son las estrellas, habremos llegado al fin, si es que no descubrimos entonces que el número de universos que nos envuelve es tan infinito como el número de galaxias.

Luis Colman sonrió e hizo un gesto a su compañero.

— ¿No vas demasiado lejos, Apkran?

— Sólo con la mente. Mis pies tocan todavía este suelo. Y me siento feliz de hacerlo. Veo que habrá continuidad, organización, comprensión y justicia. Temí que vuestra llegada sólo sirviera para resucitar la inquietud y la discordia. Los pueblos atrasados son agresivos y belicosos; en cambio, los pueblos civilizados no guerrean, sino que hablan y se ponen de acuerdo con la razón.

«Estoy satisfecho de haberme encontrado con un pueblo civilizado.

— Es que no estoy segura de que después lleguen terrícolas como nosotros —dijo Ariana, interviniendo en la conversación.

Un destello de alarma apareció en los ojos de Apkran.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Si nosotros hemos llegado hasta aquí y te hemos demostrado que merece la pena establecer este contacto, es porque Luis ha sido un jefe excepcional. Tocios nos regimos por él, su conducta es el espejo de nuestros actos y su sentido de la razón y la verdad está por encima de toda duda.

»En cambio, pueden llegar expediciones dirigidas por otros hombres y el resultado no sería el mismo.

— Esos hombres, si no vienen bien dispuestos, no se quedarán entre nosotros. De eso puedes estar segura.

— Yo también estoy seguro de ello —afirmó Luis rotundamente.

Algo más allá, hablando en voz baja, Junk decía a Todyl:

— Sé cómo se realizan los matrimonios en el mundo del cual proceden mis padres, porque me lo han contado ellos. Allá, un muchacho va por la calle, ve a una chica y, si le gusta, trata de acercarse a ella. Parece que le retiene un gran complejo de inferioridad, se siente tímido y cohibido. Pero, al fin, su amor vence todo esto y entabla relación con su «media naranja».

— ¿Qué es una media naranja? —preguntó Todyl, sorprendida.

— La mitad de una naranja entera —replicó él, sonriendo.

Ambos rieron y se estrecharon las manos bajo la mesa. Apenas si probaban bocado. Estaban deseando que se diera fin a la fiesta para poder ocultarse en sus aposentos privados. Eran como dos seres que hubieran permanecido miles de siglos esperando verse para fundirse en uno y no volverse a separar jamás.

— Me gustaría tener diez mil hijos tuyos.

— ¡Oh, qué barbaridad! ¡Yo no soy una «suma», sino una vestal!

— ¿Y qué me importa a mí eso? Estoy convencido de que cualquier simple «odaya» puede casarse y tener una interminable

fila de niños.

— Yo también estoy segura. Pero no debes decirlo a nadie. Si se enteran las «odayas»...

Rieron ambos. A su alrededor, contagiados de su alegría, rieron otros también. Y pronto las risas se extendieron por el gran salón, sin que, al final, supiera nadie por qué estaban tan alegres.

Los vinos empezaban a hacer su efecto. Hubieron vestales, llegadas de Miver, que se sintieron abrazadas por hombres terrícolas. Brotó la música en alguna parte.

¿No era aquello una fiesta?

Comenzó el baile. La alegría continuó. Había vida, excitación, anhelo y esperanza. En medio de la confusión, Todyl Arkmo y Junk Colman optaron por desaparecer.

Apkran, para quien no pasó inadvertida esta maniobra, se inclinó hacia Luis y le dijo:

— Confío en que no se malogre el ser que esperamos de tu hijo y mi hija.

— ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Es Todyl hija tuya?

— Es un secreto que no puedo guardar más tiempo. Lo es, con mucho gozo de mi corazón, aunque haya tenido que contener mis paternales impulsos, porque nuestra sociedad no está organizada como la vuestra.

«Nosotros somos una gran familia. Yo soy el padre. Los demás todos son hijos. Pero en el terreno personal y afectivo, Todyl nació de una «suma» que compartió su existencia conmigo, hace muchos años.

— ¡Es la mejor noticia que podías darme, Apkran! — casi gritó Luis.

— Es cierto. Y por eso he querido que la primera savia nueva aportada a nuestra raza por vosotros, la reciba mi amada Todyl. Nuestros nietos serán auténticos «homos stelaris».

— ¡ Por supuesto que sí, consuegro! — exclamó Luis, dando una palmada en el hombro de Apkran.

Dos razas se miraron a través de aquellos ojos inteligentes y nobles. Dos universos se unieron con franqueza, orgullo y corazón. La vida continuaría extendiéndose como un manantial inagotable surgido del corazón del amor, de la pureza y de la verdad.

FIN

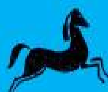
Encuentre en nuestras colecciones de bolsilibros un mundo lleno de acción, violencia, intriga y misterio, tratado con un realismo histórico dentro de un estilo ágil y actual.

CIENCIA FICCIÓN
ESPACIO
HAZAÑAS DEL OESTE
TORNADO
SEIS TIROS
RUTAS DEL OESTE
HAZAÑAS BÉLICAS
SIOUX
ESPUELA

PUBLICACIÓN QUINCENAL **Precio: 10 ptas.**

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

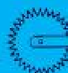

HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.

6 TIROS
SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

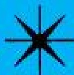
GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.